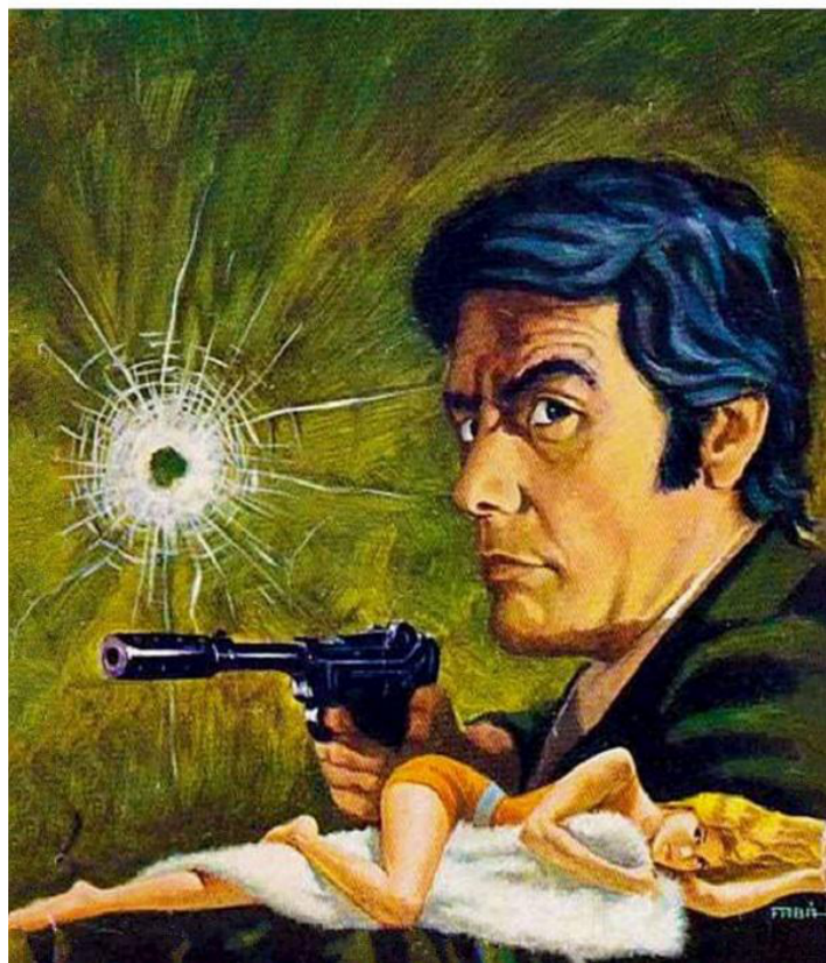




el sindicato del mamporro

de

joseph berna



Clark Stringer consultó la esfera de su reloj.

Sonrió levemente.

Con movimientos cansinos, caminó hacia la puerta de su modesta tienda de ultramarinos y le dio la vuelta al pequeño rótulo que colgaba en ella.

Desde la calle, y a través del limpio cristal, se podía leer ahora: «Cerrado».

Stringer corrió una cortina y cubrió el cristal de la puerta, para no ser observado desde la calle. Luego, regresó al otro lado del mostrador y abrió un cajón, empezando el recuento del producto obtenido por las ventas del día.



Joseph Berna

El sindicato del mamporro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1239

ePub r1.0

Titivillus 07-12-2019

Título original: *El sindicato del mamporro*
Joseph Berna, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Clark Stringer consultó la esfera de su reloj.

Sonrió levemente.

Con movimientos cansinos, caminó hacia la puerta de su modesta tienda de ultramarinos y le dio la vuelta al pequeño rótulo que colgaba en ella.

Desde la calle, y a través del limpio cristal, se podía leer ahora: «Cerrado».

Stringer corrió una cortina y cubrió el cristal de la puerta, para no ser observado desde la calle. Luego, regresó al otro lado del mostrador y abrió un cajón, empezando el recuento del producto obtenido por las ventas del día.

Clark Stringer era un hombre de unos cuarenta y dos años. Su estatura era mediana; su constitución física, normal. Tenía un rostro de facciones correctas y amables.

Su negocio no era importante, pero le bastaba para poder vivir honradamente y mantener a su esposa y a su hija. El barrio en el cual se alzaba, situado en las afueras de Chicago, era más bien sencillo, pero en él tenía buenos amigos y gentes que le apreciaban. Se lo demostraban día tras día, personándose en su tienda y haciendo sus compras.

Stringer, que no tenía nada de ambicioso, se sentía feliz con su situación actual. Con que las cosas continuasen igual, se daría por satisfecho.

Por la puerta de la trastienda, que permanecía abierta, apareció una mujer de unos treinta y cuatro años. Era morena, de talla corriente en el sexo femenino, cuerpo armonioso y rostro atractivo.

Llegó junto a Stringer, y colgándose de su brazo, le dio un cariñoso beso en la mejilla.

El tendero dejó por un momento las cuentas, observando a su encantadora mujercita.

Ella le sonrió dulcemente.

—¿Has terminado ya, Clark?

—¿Que si he terminado ya...? —Pareció extrañarse él—. ¡Pero si

aún no he empezado! —rió a continuación, mientras rodeaba la todavía estrecha cintura de su esposa y la acercaba hacia sí.

—Vas a arrugarme el vestido, Clark... —protestó ella, sonriente.

—Pues luego te lo planchas o te compras otro. El beso de las ocho de la, tarde no me lo quita nadie.

Dicho esto, Stringer cubrió con sus labios los de ella y le dio un apasionado beso, al tiempo que la abrazaba con fuerza.

Su esposa le rodeó el cuello y se alzó sobre las puntas de sus pies, para corresponderle con el mismo amor con que siempre lo hacía.

El tendero y su esposa, a pesar de sus once años de matrimonio, se besaban con el mismo ardor que, cuando siendo novios, se besaban a escondidas en los parques o en las últimas butacas de las salas de proyecciones cinematográficas.

—Te quiero, Christie... —murmuró Stringer, separándose muy poco de ella.

—Y yo a ti, Clark —musitó su esposa, con los ojos relucientes de felicidad.

—¿No te arrepientes de haberte casado con un humilde tendero?

—Ni con el millonario más millonario de todos los millonarios hubiese sido tan feliz, cariño.

—Eres extraordinaria en todos los sentidos —manifestó él, besándola otra vez.

—Y tú —repuso Christie, cuando pudo utilizar los labios para hablar.

—Me considero el más dichoso de los mortales, vida mía.

Ella sonrió halagada.

—También yo, Clark. No envidio a nadie.

Stringer le acarició los negros cabellos.

—¿Y Daisy?

—Acabo de acostarla —respondió Christie—. Ha cenado con buen apetito. Como tenía sueño, se ha dormido enseguida.

—Dentro de cuatro días cumplirá seis años... —recordó él, con orgullo.

—Sí...

—Le compraremos ese oso blanco que hay expuesto en el escaparate de la juguetería de Cole. Siempre que pasamos por allí, Daisy nos obliga a detenemos y lo contempla embobada.

—Pero vale cincuenta dólares, Clark... —observó ella.

—No importa, Christie. Podemos permitirnos este mes ese gasto extraordinario. Daisy tiene verdadera obsesión por ese precioso juguete. ¿Vamos a negárselo nosotros? —sonrió Stringer.

El lindo rostro de ella se iluminó de dicha, y embargada de emoción, balbució:

—Oh, Clark, eres... eres...

Stringer le acarició las mejillas.

—Te prohíbo que llores, Christie.

—¡Cuánto te quiero, Clark! —exclamó la mujer, con los ojos húmedos, mientras se abrazaba entusiasmada a su esposo.

Stringer la estrechó contra su pecho y le susurró al oído:

—Cualquier sacrificio merece la pena si es para complaceros a Daisy o a ti, Christie.

El emotivo abrazo fue roto por un leve chirrido de goznes.

Stringer y su esposa ladearon la cabeza al mismo tiempo y miraron a los dos sujetos que tan silenciosamente se habían introducido en la tienda.

Estaban junto a la puerta, observando con expresiones irónicas al matrimonio. Eran altos, fornidos, y sus rostros no eran precisamente un modelo de amabilidad. Parecían descendientes de aquellos que por los años treinta acataran las órdenes de Al Capone.

Clark Stringer dejó de abrazar a su esposa y salió de detrás del mostrador, aproximándose a la pareja de individuos.

—La tienda ya está cerrada, señores —les dijo, con seriedad—. ¿No han visto el rótulo indicador?

—¿Lo has visto tú, Andy? —le preguntó, guasón, el de la derecha a su compañero.

Éste, empleando el mismo tono socarrón, respondió:

—No, Troy... No he visto nada...

El llamado Troy tenía un rostro que parecía haber sido modelado con una maza de carpintero.

Andy poseía un cuello que se asemejaba mucho al tronco de un roble centenario, y era tan feo como su compañero. Tenía boca de rana, ojos de sapo y nariz de boxeador castigado en cien peleas.

El tono burlesco que utilizaban los dos fulanos, y su enorme corpachón, hicieron temer a Clark Stringer que no llevaban buenas intenciones.

Miró de soslayo a su esposa y descubrió en su rostro un gesto de

preocupación e intranquilidad.

—¿Qué es lo que quieren? —inquirió Stringer, mirando con desconfianza a la pareja de tipos.

Troy, sin darse ninguna prisa, hizo desaparecer su diestra en la sobaquera izquierda. Cuando la sacó, empuñaba una pistola automática.

Stringer vio que el negro cañón del arma apuntaba hacia su pecho y dio un paso atrás, instintivamente, mientras perdía el color en las mejillas.

—Si no me dan motivos no apretaré el gatillo —hizo saber Troy.

—Mi compañero sólo les pide que no griten ni armen ruido —añadió Andy—. Si obedecen nuestras instrucciones sin rechistar, seguirán con vida y podrán continuar besándose y abrazándose durante un montón de años.

—¿Están dispuestos a colaborar? —preguntó Troy.

Stringer dijo que sí con la cabeza.

—Eso nos congratula —sonrió Andy—. Matar a la gente es algo que siempre hacemos a disgusto.

Christie sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Qué quieren de nosotros? —indagó el tendero, sin perder de vista la pistola que sostenía Troy.

—Sólo cien dólares —respondió Andy.

—No es mucho, ¿verdad? —agregó, con soma, el otro sujeto.

—Para nosotros, sí —replicó Clark—. Somos una familia modesta y no andamos sobrados de dinero.

—Lo sabemos, señor Stringer —medió Andy—. Pero por cien dólares al mes, usted, su esposa y su hija gozarán de nuestra protección.

Christie tuvo un sobresalto al comprobar que aquellos dos fulanos conocían incluso... ¡la existencia de Daisy!

—¿Protección...? —se extrañó Clark.

—Ésa es la palabra justa, señor Stringer —dijo Troy—. Pertenece al Sindicato del Mamporro.

En cualquier otro momento, el propietario de la tienda hubiese lanzado una sonora carcajada al oír aquello. Pero la situación actual no invitaba a reírse precisamente.

—¿Sindicato de qué? —inquirió, perplejo.

—Sindicato del Mamporro —repitió Troy—. Es una organización

que vela por la seguridad de un montón de familias. Por una módica cantidad, que varía según la posición económica de nuestros «asegurados», nosotros nos preocupamos de que no tengan problemas. O sea, que velamos por ellos día y noche.

—Y... ¿si no deseamos «asegurarnos»?

—Entonces, señor Stringer, el Sindicato del Mamporro se ocupa de todo lo contrario —repuso, sarcásticamente, Troy.

—De crear problemas, ¿eh? —Adivinó Clark.

—Exacto... —confesó Andy, distendiendo sus labios de anfibio en una macabra sonrisa—. Hace honor a su nombre y ¡zas!, mamporro va, mamporro viene.

—Eso es una canallada —objetó enérgicamente Clark.

—Hay que vivir, señor Stringer... —rió entre dientes Troy.

—Hay que trabajar, indeseables —replicó Clark, duramente.

—Nosotros preferimos que trabajen otros —expresó Andy.

—Pues a mí no me sacarán ni un solo dólar —dijo firmemente el tendero.

—¿Ah, no? —repuso, con ironía, Troy.

—Me cuestan demasiado de ganar.

—¿Prefiere un par de plomos en la víscera cardíaca? —interrogó Troy, presionando ligeramente el gatillo de su pistola.

—¡Clark! —exclamó ahogadamente Christie, corriendo hacia su esposo y abrazándose a él—. Dales el dinero o te matarán —suplicó, mirándole con una expresión angustiosa.

Stringer sonrió sardónicamente.

—No temas, cariño. Estos sujetos no piensan matar a nadie. Empuñan una pistola para amedrentarnos, pero sin intenciones de utilizarla. Ya has oído que pertenecen al Sindicato del Mamporro, no al Sindicato del Crimen. Sólo los ingenuos que pican en el anzuelo que ellos tienden se ven obligados a pagar la cuota del «seguro». Pero no se reirán de nosotros.

A Christie le sorprendió mucho el aplomo con que se expresaba su esposo.

Los dos individuos también estaban desconcertados por la reacción del tendero. Dejaron de sonreír y miraron fieramente a Clark Stringer.

Éste, en lugar de asustarse ante las expresiones claramente amenazantes de los dos sujetos, ensanchó la sonrisa, apartó de él a

su esposa y dijo:

—¿A qué esperan, valientes? ¿No iban a enviarme no sé cuántos plomos al corazón?

Troy y Andy, enfurecidos por la réplica del tendero, dudaron unos segundos. Pero luego, el primero ordenó:

—A él, Andy.

Éste hizo rechinar sus dientes, cerró los puños con rabia, y en dos zancadas se plantó junto a Clark Stringer, en tanto que Troy, sin guardar la pistola, se situaba cerca de Christie.

El propietario de la tienda recibió un durísimo golpe en el estómago y se encogió al segundo, lanzando una exclamación de dolor. Después, Andy le soltó un gancho de izquierda y Stringer se enderezó con los labios ensangrentados.

El puño derecho del matón salió disparado como un obús y estalló seco en las narices de Clark, obligando al tendero a rodar por el suelo entre continuos lamentos.

Christie quiso golpear al sujeto que estaba vapuleando a su esposo, pero Troy se lo impidió de mala manera.

La mujer recibió un golpe en el vientre y otro en el pómulo derecho, ambos propinados con el cañón del arma que esgrimía el forajido. Se fue al suelo y quedó encogida, sollozando de dolor.

Andy se acercó a Clark Stringer y le obligó a incorporarse.

Pero tan pronto como éste recuperó la vertical, le clavó la izquierda en el hígado y la derecha en el mentón.

Clark regresó al suelo, quedando inmóvil.

Andy se pasó la lengua por los despellejados nudillos y comentó:

—Tendremos que hacer algo para convencer a Stringer, Troy.

—Lo haremos, Andy.

Troy se acercó a la esposa del tendero y la levantó como si fuera un fardo.

Con rápidos movimientos, le tapó la boca con una cinta adhesiva y le sujetó las manos a la espalda.

Ella quiso librarse, pero los brazos de Troy tenían mucha fuerza y apenas pudo moverse.

—Despierta a Stringer, Andy.

Éste obedeció. Zarandeó al tendero hasta que le vio recobrarse.

Clark sacudió la cabeza varias veces.

Sentado aún en el suelo, descubrió a su esposa, viendo que tenía la

boca tapada y que estaba sujeta por Troy.

Los ojos de ella expresaban bien a las claras todo el pavor que sentía en aquellos momentos.

Stringer se sintió corroer de rabia e impotencia.

—De modo que no desea colaborar, ¿eh? —sonrió fríamente Troy, al tiempo que se ocupaba de sujetar a Christie con el brazo izquierdo. Con el derecho volvió a empuñar la pistola.

—Deje a mi esposa... —balbució Clark, sin fuerzas para levantarse del suelo.

—Antes tengo que hacerle algunas caricias —respondió Troy, al tiempo que le clavaba el cañón del arma en el costado derecho.

La cinta adhesiva impidió que el desgarrador grito emitido por Christie se oyese, percibiéndose sólo un extraño sonido gutural.

La mujer hubiese caído al suelo, pero Troy la sujetó fuertemente y pudo sostenerla con un solo brazo.

El cañón del arma del matón volvió a entrar en acción, hundiéndose ahora en el estómago de la desgraciada.

Los ojos de Christie se desorbitaron de espanto e intenso dolor, mientras se encogía lo poco que el brazo del malhechor le permitía.

Clark Stringer, lívido como un cadáver, intentó levantarse para defender a su esposa.

La punta del zapato derecho de Andy se clavó en el hígado del tendero, arrancándole un grito angustioso.

Stringer se retorció en el suelo con la boca espumeante y los músculos del rostro contraídos al máximo.

—¡Basta! —exclamó con ronca voz—. Dejen... de torturar... a mi esposa... Les daré los cien... dólares.

Andy se arrodilló junto a él y lo cogió por las solapas del blanco guardapolvo, el cual se hallaba ahora sucio y salpicado de sangre.

—Todos los meses, ¿verdad, señor Stringer? —dijo el matón.

—Si...

—Y nada de avisar a la policía. —No, no llamaré a la policía...— Si lo hiciera lo lamentaría toda su vida, señor Stringer. Puede que a nosotros dos nos cogieran presos, pero el Sindicato del Mamporro es una organización importante y poderosa. Otros compañeros nuestros vendrían en su busca, señor Stringer. Y usted, su esposa y su hija sufrirían lo indecible. Especialmente, su esposa y su hija —recalcó Andy, en un tono de voz que hizo temblar al propietario del

ultramarinos.

—Le repito que no diré nada —tartamudeó Stringer, muy asustado ahora.

—Mejor será. De momento, vengan los cien pavos.

Clark Stringer pugnó por levantarse, pero apenas lo hubo logrado, se le doblaron las piernas, yéndose otra vez al suelo.

—No puedo incorporarme... —gimió dolorido.

—Vamos, arriba —ordenó Andy, ayudándole a alzarse—. Esto es lo que se ha ganado por pretender dárseles de héroe.

Clark lo consiguió ahora, gracias a la colaboración del indeseable.

Apoyándose en él, pasó al otro lado del mostrador.

Abrió el cajón del metálico y contó cien dólares.

Andy se los guardó en un bolsillo.

Clark Stringer temió que el sujeto se embolsara el resto de los billetes y monedas que habían en el cajón, pero Andy no las tocó.

—Sé lo que está pensando, señor Stringer —sonrió el matón—. Pero no tenga cuidado. La cuota para usted son cien dólares. Al Sindicato no le gusta abusar.

Andy se alejó de Clark Stringer y éste tuvo que apoyarse en el mostrador para no desplomarse una vez más.

—Larguémonos, Troy. Creo que ya hemos convencido lo suficiente al señor Stringer —dijo Andy.

—Por su bien, así lo espero —repuso Troy, soltando los brazos de la mujer.

Christie cayó al suelo como un saco, incapaz de tenerse en pie, porque los golpes propinados por Troy le habían minado las fuerzas considerablemente, dejándola extenuada.

—Hasta dentro de treinta días, señor Stringer —sonrió ufano Andy.

Luego, él y Troy salieron de la tienda.

Clark Stringer llegó como pudo hasta el lugar en donde yacía su esposa, dejándose caer junto a ella.

Christie estaba casi desvanecida.

Clark le quitó con cuidado la cinta adhesiva.

Ella lanzó un débil gemido.

—Christie, vida mía... —murmuró Stringer—. Yo he tenido la culpa de todo. Debí hacerte caso y entregarles el dinero inmediatamente. Te han golpeado por mi causa.

La mujer movió la cabeza en sentido negativo.

—Has hecho lo que debías, Clark... —respondió con un hilo de voz, mientras contraía el rostro dolorosamente.

—Pero ese salvaje de Troy...

—Olvídalo, Clark. Lo importante es que estamos vivos.

Stringer sacó un pañuelo y restañó la sangre que manaba por el pómulos derecho de su esposa. El cañón del arma del matón le había producido un corte, aunque no muy profundo.

—¿Crees que debemos avisar a la policía, Christie?

—¡No! —exclamó ella al instante, con un gesto de temor.

—Pero no podremos desembolsar cien dólares mensuales durante mucho tiempo...

—Confiemos en Dios, Clark. Esos hombres son unos malvados. Si hablamos con la policía, sufriremos las consecuencias. No tengo miedo por mí, pero sí por nuestra hija. Daisy es una niña, Clark. No debemos arriesgarnos a que esos canallas del Sindicato le hagan daño.

Stringer asintió con la cabeza.

—Sí, creo que tienes razón, Christie. Trataremos de reunir como sea esos cien dólares mensuales. Y entretanto, rezaremos. No veo otra solución.

—Rezaremos, Clark —sollozó la mujer—. Dios no puede habernos abandonado para siempre.

CAPÍTULO II

—Necesito una nueva sesión de besoterapia, Myrna.

Myrna Sanford, enfermera de profesión, rodeó con sus brazos el cuello de Lyon Carson, y luego, muy lentamente, acercó su boca a la de él.

Le dio un beso, dos, tres...

Lyon Carson colaboró gustosamente en la «sesión», devolviendo beso por beso, caricia por caricia, apretón por apretón. Tenía veintiocho años, era moreno, bien parecido, de cuerpo atlético. Los músculos de brazos y tórax, suficientemente desarrollados, estaban ahora totalmente visibles, porque Lyon no llevaba camisa. Era la época en que el calor apretaba más en Chicago, y Carson, como estaba en su apartamento, y la compañía era de confianza, se había permitido la comodidad de deambular por él sin camisa y sin zapatos.

—Un minuto de descanso, preciosa —rogó Lyon—. Necesito respirar...

—Como quieras —repuso ella, separándose un poco de él. Era pelirroja, de cabellos cortos; aparentaba unos veintidós años. Su rostro, además de pícaro, era muy atractivo. Lo demás, tan atractivo como el rostro y muy abundante.

Se encontraban sentados sobre una mullida alfombra, con la espalda apoyada sobre el asiento de un cómodo diván.

Lyon Carson, tras echar una descarada mirada a las piernas de Myrna, visibles en su totalidad porque su insignificante minifalda se le había quedado muy arriba, alzó un brazo y se apoderó de una cajetilla de cigarrillos y un encendedor de gas. Ambos objetos se hallaban sobre una mesa redonda, muy baja, situada cerca de él.

—¿Quieres? —preguntó Lyon, aproximándole la cajetilla.

—Sí —contestó ella, cogiendo un cigarrillo.

Carson accionó el encendedor y acercó la llama al emboquillado que ya sostenía la pelirroja entre sus sensuales labios.

La sugestiva fémina lo encendió sin dejar de mirar a Lyon Carson.

La iluminación del apartamento era muy adecuada para la situación

actual. Tenue, rojiza, indirecta...

Por eso, la llama del encendedor, de un rojo intenso, dio un tono exótico a las insinuantes facciones de Myrna.

Ella aspiró el humo exageradamente, con lo cual, sus pronunciados senos aumentaron considerablemente.

Lyon se deleitó con aquella visión, porque el escote de la blusa de tirantes que lucía Myrna era de los vulgarmente llamados «ombliqueros».

—Los enfermos del hospital en que prestas tus servicios deben ponerse buenos con sólo mirarte un par de veces, Myrna —dijo Carson, contemplando a sus anchas el busto femenino.

Ella agradeció el cumplido con una caída de pestañas muy estudiada.

—Allí te conocí a ti, Lyon...

—Sí, es cierto. Unos «amigos» me rompieron dos costillas y tuve que ingresar en un hospital. Por suerte para mí, tú trabajabas en él.

—¿De veras fue una suerte para ti, Lyon...? —inquirió mimosa, mientras le echaba un chorrillo de humo al oído izquierdo.

—Claro, tesoro —asintió él, rascándose el oído, porque la ocurrencia de la pelirroja le había producido cosquillas—. Antes de salir de allí ya te lo demostré, ¿no?

Myrna sonrió astutamente al recordar todo lo que sucedió durante la noche en que a ella le correspondió realizar el turno en la habitación 412: la de Lyon Carson.

—Sin embargo, desde entonces no nos habíamos visto, Lyon, a pesar de que antes de que abandonases el hospital te di la dirección de mi apartamento...

—Soy un hombre muy ocupado, Myrna.

—Pero me prometiste visitarme alguna noche.

—Y pensaba cumplir mi promesa, encanto. De veras.

—No te ofendas, Lyon, pero lo dudo —sonrió la escultural hembra—. Por eso he venido yo a tu cubil.

—De lo cual me alegro infinito.

Ella le miró con ojos deseosos.

—Ya ha pasado el minuto, Lyon...

Carson dejó su medio cigarrillo en un cenicero y dijo:

—Estoy dispuesto a continuar, Myrna.

—¿Con la besoterapia...? —rió ella, dejando también el resto de su

cigarrillo en el cenicero.

—Creo que ahora me iría mejor un electrocardiobesueño.

—Eso es más intenso...

—Precisamente es lo que necesito en estos momentos.

—Myrna Sanford está dispuesta a hacer todo lo que sea para mejorar la salud del más apuesto y simpático de sus pacientes —dijo irónica.

—Que se vea.

La escalofriante pelirroja se abrazó a él y empezó a besarle intensamente.

Lyon le echó los brazos encima y tanteó todo lo que quiso, sin que ella pusiera objeciones en ningún momento.

Los dos se lo estaban pasando muy bien.

Entonces se abrió la puerta del apartamento.

Lyon Carson, de cara a ella, vio entrar silenciosamente a una joven de unos veintitrés años, rubia, alta, de rastro precioso y cuerpo impresionante. Llevaba los cabellos largos y sueltos. El atuendo (falda corta y finísima blusa) resaltaba la perfección de su figura.

La misteriosa rubia se acercó a la pareja y los escrutó durante unos segundos. Sonrió con indiferencia.

Luego, se dejó oír:

—Vamos, Lyon, despide ya a la pelirroja. Son las once dadas, y a las once en punto tenías la cita conmigo. Te espero en el dormitorio.

Tras estas palabras, la formidable rubia caminó hacia la habitación en que Lyon, a pesar de ser soltero, tenía una enorme cama de matrimonio.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y una lámpara de levísima potencia lo iluminaba débilmente.

Antes de entrar en él, la asombrosa rubia ya se había quitado la blusa, dejando ver una tentadora combinación rosa.

Cuando desapareció por el umbral de la puerta, hacía ademán de desprenderse también del transparente y seductor atuendo.

Lyon Carson se había quedado inmóvil, como una estatua, mirando con la boca abierta hacia la puerta de su habitación.

Myrna Sanford, que sólo había reparado en la rubia cuando ésta dejó oír el cautivador timbre de su voz, también tenía los ojos clavados en la puerta del dormitorio de Carson, con una expresión de inusitado asombro en su rostro.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una cita, Lyon? —le preguntó, sin dejar de mirar hacia el dormitorio, absorta todavía.

Carson carraspeó exageradamente.

—Bueno, yo...

—No me gusta que me tomen el pelo —replicó la enfermera, ladeando el cuello y encarándose con él. Sus ojos centelleaban de cólera.

—Es que...

—No inventes excusas, Lyon. Eres atractivo, desde luego. Pero no eres el único par de pantalones disponibles en Chicago. Si a ti se te rifan las mujeres, a mí se me sortean los hombres, ¿estamos?

—Oye, Myrna, yo...

La pelirroja, decidida a no oír explicaciones, le soltó una sonora bofetada y luego se puso en pie de un salto.

—No volverás a verme el pelo, Lyon —advirtió furiosa, mientras se estiraba la minifalda—. Reconozco que esa zorra de cabellos rubios es un monumento, pero yo no tengo nada que envidiarle. Todo lo que ella tiene lo tengo yo, ¿no?

—Supongo... —repuso Carson, acariciándose la mejilla dolorida.

—De mí no se ríe nadie, Lyon.

—Tampoco yo, Myrna...

—¡Caradura! —exclamó la pelirroja, dando media vuelta. Se dirigió hacia la puerta del apartamento y salió hecha una tempestad.

El portazo que dio Myrna hizo retumbar la estancia.

Lyon Carson se pasó una mano por sus negros cabellos.

Se puso en pie y caminó hacia su dormitorio.

Antes de llegar a él, la misteriosa joven se dejó ver.

Lyon se detuvo y examinó con calma y sin disimulo a la increíble rubia.

Ella, que nuevamente llevaba puesta la blusa, resistió sin pestañear la penetrante mirada de él.

—¿Se ha ido ya la pelirroja? —inquirió en tono firme, muy distinto al que usara antes—. Sí.

—Me alegro.

—Creo que yo también —dijo Lyon, masajeándose el mentón.

—No se haga ilusiones conmigo, señor Carson.

—Yo sólo vivo de realidades —repuso él, acercándose a ella sin prisas.

—Si se atreve a ponerme una mano encima se arrepentirá durante mucho tiempo —amenazó la rubia con mucha serenidad.

—Opino lo contrario, primor.

Lyon llegó junto a ella, la abarcó por la cintura y trató de besarla en los labios.

La rubia no se opuso.

Casi rozaba ya los labios femeninos Lyon, cuando sucedió.

Aunque realmente, Carson no hubiese podido relatar lo que sucedió, porque no tuvo tiempo de darse cuenta de nada, dado que todo pasó en un par de segundos, con vertiginosa rapidez.

Cuando su cuerpo se estrelló contra la alfombra, Lyon tuvo la certeza de que iba a verse precisado a visitar de nuevo el hospital en que trabajaba Myrna Sanford, y con algo más que dos costillas rotas.

—¡Huy...! —gimoteó, convertido en un ovillo.

La incomparable rubia soltó una risita burlona y puso los brazos en jarras.

—¿Desea intentarlo otra vez, señor Carson...?

Lyon masculló una blasfemia por lo bajo, mientras comprobaba que, milagrosamente, todos sus huesos continuaban enteros.

—No soy hombre que se de por vencido a las primeras de cambio, muñeca —respondió, levantándose con lentitud.

—Estoy dispuesta a hacerle todas las demostraciones que solicite, señor Carson —ironizó la curvilínea rubia.

Lyon se acercó a ella, pero esta vez con mucha cautela. Sospechaba que la rubia era una experta en judo, ya que sólo así se explicaba que él, con sus ochenta y dos kilos, hubiese podido volar por los aires como un reactor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas.

Pero Lyon Carson también tenía bien asimilado el práctico y conveniente deporte, e iba a demostrárselo a aquella minifaldera de portentosas piernas.

Al menos, eso pensaba. Y deseaba.

Pero ni sus pensamientos ni sus deseos se convirtieron en realidad.

Se lanzó sobre la rubia tres o cuatro veces.

Y tres o cuatro veces... su osamenta acabó rebotando contra el suelo como si fuese una pelota de goma.

Puso en práctica todas las «llaves» que conocía, pero ella debía ser hija de un sereno, porque conocía muchas más «llaves» y

«contrallaves» que él.

Despatarrado en el suelo, empapado de sudor, agotado materialmente, con punzadas dolorosas en todos y cada uno de sus miembros, Lyon rezongó:

—Basta, rubia, basta... No más demostraciones... —Y siguió respirando como un rinoceronte asmático.

La joven volvió a dejar oír su risa fresca y cargada de matices burlones.

—¿Ya ha «recibido» bastante, señor Carson?

—Demasiado... —masculló Lyon, sin moverse del suelo—. Ha sido una cuantiosa «herencia» de palos. Yo estaba acostumbrado a «recibir» en cantidad, pero lo de esta noche... —Emitió una imprecación entre dientes, casi ininteligible.

La tentadora rubia avanzó hasta situarse junto al diván.

Sentóse en él y cruzó las piernas.

Lyon, tumbado boca arriba, a unos dos metros del diván, dio una ojeada a lo que tan generosamente se ofrecía a sus órganos visuales. Ella, naturalmente, se dio cuenta, pero no cambió de posición. Atrapó un cigarrillo del paquete de Lyon Carson y lo encendió.

Le miró sosegadamente.

—¿Podemos dialogar ya, señor Carson? —indagó, después de expulsar un chorro de humo.

—Telefonee primero a una clínica de urgencia y que vengan a escayolarme el esqueleto. Luego, si no me escayolan también la lengua, hablaremos.

—No tiene ningún hueso roto, señor Carson —sonrió amablemente ella.

—Es un buen chiste, pero no me hace ninguna gracia.

—No es un chiste...

—¿Cómo sabe que no tengo fracturas?

—Soy profesora de judo en el centro Agilidad y Fuerza. Es muy conocido en Chicago.

—Eso se dice antes, demonios... —murmuró Lyon.

—Usted no se defiende mal...

—No me negará que eso sí es un chiste, ¿eh? —replicó molesto Lyon.

—Tampoco lo es, señor Carson. Yo procuré lanzarle al suelo en posiciones que no pudieran quebrarle ningún hueso. Usted, por su

parte, sabía la mejor forma de caer. De ahí que no existan fracturas. Sólo algunas magulladuras sin importancia.

—Si a eso le llama usted defenderse bien...

—Tuve que utilizar todos mis recursos para que no me estampara contra el suelo, señor Carson. Usted puso en práctica algunas presas que con otra persona le hubieran dado óptimos resultados, seguro.

—Gracias por sus palabras —dijo ceñudo Lyon—. No dejan de ser un consuelo.

—Levántese y siéntese a mi lado.

—Imposible.

—¿Por qué?

—No puedo moverme. Necesitaría una grúa para incorporarme.

—Usted lo que quiere es seguir inspeccionándome las piernas desde el suelo —dijo tranquilamente ella.

—Las tiene usted preciosas, no cabe duda. Pero le puedo asegurar que en estos momentos no siento nada. Es como si se las enseñara usted a un muerto. —Usted no está muerto, señor Carson.

—Casi.

—Déjese de historias y compórtese con seriedad. Tengo que hablar con usted de algo muy importante. —Trataré de complacerla.

Lyon, arrastrándose como un piel roja, llegó hasta el diván y logró sentarse en él, aunque utilizando movimientos propios de un inválido.

—¡Ay...! —exclamó lastimosamente.

—Desde luego a exagerado no le gana nadie —sonrió la rubia.

—¿Acaso la zurra que me ha propinado usted ha sido cosa de broma? —refunfuñó Lyon.

—Usted quiso besarme, señor Carson...

—Lógico, ¿no? —replicó él, observándola de arriba abajo.

—Yo le advertí que no lo intentara, ¿recuerda?

Lyon soltó un gruñido y se masajeó el costado derecho.

—¿Qué podía yo pensar de una joven tan exuberante como usted, que entra en mi apartamento sin llamar, me interrumpe con la pelirroja diciéndome que tenía una cita conmigo, se quita la blusa delante de mis narices quedándose en combinación, y dice que me espera en mi dormitorio?

—Admito que mi forma de proceder no fue la más correcta, porque se prestaba a equívocos, pero no se me ocurrió otra. Tenía prisa y...

—Y yo he sufrido las consecuencias —interrumpió Lyon.

—Por ser demasiado impulsivo.

—¡Por ser rábanos! —Sé enfureció él.

—Dejemos de discutir, señor Carson —suplicó ella afablemente—. Si yo irrumpí en su apartamento de forma indebida, usted me trató de igual modo. Por lo tanto, estamos en paz.

—Pero mientras yo he quedado molido a palos, usted está tan fresca.

—Ventajas de ser profesora de judo... —Se miró las uñas con grandes dosis de inmodestia.

Esto aún irritó más a Lyon.

—Le prometo aprender desde mañana en el mejor Centro de Judo que exista en Chicago. Y cuando conozca hasta los secretos más ocultos de este deporte, iré a buscarla, hermosa profesora, y entonces... —Hizo un ademán significativo.

—Acepto el desafío, señor Carson —sonrió ella de forma irresistible—. Pero mientras tanto, seamos amigos, ¿quiere?

Lyon sintió deseos de comerse a besos aquella sonrisa, pero no se encontraba con fuerzas. Y ella era profesora de judo...

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó serio—. Que yo sepa, nunca nos habíamos visto...

—Está en Jo cierto, señor Carson. Sin embargo, yo he oído hablar bastante de usted.

—¿Bien o mal?

—Mitad y mitad.

—Vaya.

—Dicen que es usted uno de los mejores detectives privados de Chicago.

—Ahora dígame lo malo.

—Es un mujeriego.

—¿Y eso es malo? Peor sería que me gustasen los hombres, ¿no?

—Desde luego. Pero su reputación, su mala reputación en asuntos de faldas, no creo que le beneficie en nada.

—Jamás he perseguido a una mujer, puedo jurárselo. Todos los líos en que me he metido o se me han atribuido, han sido provocados por ellas. Me buscan, me persiguen, me asedian... —se fingió afligido—. ¿Cómo luchar contra eso?

—No me gustan los hombres vanidosos.

—Yo no lo soy, palabra. Si les gusto a las mujeres, ellas sabrán por qué. A mí, no obstante, me agradaría que de vez en cuando me dejasen tranquilo. Llego uno a cansarse de tantas faldas, ¿sabe?

Pues con la pelirroja se mostraba usted muy activo, señor Carson... Bueno, es que uno se ve obligado a colaborar...

—Ya. Qué desgracia la suya —sonrió burlonamente ella.

Lyon se dio cuenta de que nunca convencería a la rubia.

—Aún no me ha dicho lo que quiere de mí —recordó, para cambiar de conversación.

—Proponerle un caso.

—No me diga más. Su marido se ha fugado con una morena, ¿a que sí? Es lo que se lleva esta temporada. Pero daré con él, no se preocupe. —Soy soltera— aclaró ella, con un destello en las pupilas.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidos los hombres de Chicago? Aunque pensándolo bien, eso de ser profesora de judo no deja de tener sus inconvenientes...

—¿No podemos hablar en serio, señor Carson?

—Sí, claro. ¿Qué caso quiere proponerme?

—Descubrir a una organización de malhechores.

—¿Una organización de malhechores...? —repitió intrigado Lyon.

—Eso he dicho.

—¿No le parece demasiado para un detective privado, descubrir a toda una organización...?

—Dicen que para usted nada es demasiado.

Lyon le ojeó los desarrollados senos, pero muy fugazmente.

—No estoy muy seguro, ¿sabe?

—No me venga con segundas intenciones o lo convierto en una piltrafa —replicó ella, que había captado la indirecta.

Lyon tosió para disimular y luego preguntó:

—¿Qué organización es ésta?

—El Sindicato del Mamporro.

CAPÍTULO III

Lyon Carson parpadeó a gran velocidad, mientras con la boca imitaba a un viejo caimán que tenían en el zoológico de la ciudad, el cual se pasaba la mayor parte del tiempo con las fauces de par en par.

Miró con detenimiento a la rubia, como si pretendiera averiguar si ella quería tomarle la cabellera o hablaba en serio.

Boqueó dos o tres veces, y al fin, estupefacto, balbució:

—¿He oído lo que he oído?

—Sí, señor Carson —asintió ella—. Es una organización que exprime a numerosas familias de Chicago. Les obliga a pagar una cuota mensual, bastante elevada, y si se niegan, les madura el cuerpo a golpes.

—Jamás oí hablar del Sindicato del Mamporro... —musitó Lyon, rascándose la barbilla con un índice.

—Ni yo, hasta hace pocas horas.

—¿Cómo logró enterarse?

—Esta tarde visité a mi hermana, Christie Grahame. Está casada con Clark Stringer, un modesto comerciante, y tienen una hija de seis años. Viven en Shater Street, en la parte oeste de la ciudad, casi en las afueras.

—Conozco esa calle.

—Tienen una pequeña tienda de comestibles. Su economía no es muy boyante, pero se conforman y viven felices. Bueno, vivían rectificó tristemente.

—¿El Sindicato ése?

Ella se mordió los labios con rabia y afirmó con la cabeza.

—Anteayer se presentaron dos hombres corpulentos en la tienda, amenazando a mi hermana y a su esposo con una pistola. Querían cien dólares todos los meses. Clark Stringer se negó a pagar. Los dos sujetos le golpearon salvajemente. También a Christie... Clark se vio obligado a darles los cien dólares. Después les amenazaron. Si hablaban con la policía, los del Sindicato del Mamporro tomarían cumplida venganza.

—Entiendo.

—Por supuesto, ni mi hermana ni su esposo desean hablar con la policía. Ni siquiera querían decírmelo a mí. Pretendieron hacerme creer que las múltiples contusiones y heridas que tenían en el cuerpo, eran debidas a una aparatosa caída. Conseguí que Christie me confesase la verdad. Me enseñó los hematomas que tiene en el vientre, en el estómago y en el costado. Son como la palma de mi mano. Uno de los individuos se los ocasionó con el cañón de una pistola. Debieron pasar un rato horrible...

Lyon Carson estaba impresionado por el relato de la rubia.

—Ese Sindicato debe tener gente con muy malas entrañas —dijo.

—Sin lugar a dudas —convino ella.

El detective no hizo más comentarios.

—¿Acepta usted el caso, señor Carson? —quiso saber la rubia.

—Me gustaría...

—¿Eso significa que no acepta? —preguntó ella seriamente.

Lyon la miró con fijeza durante unos segundos.

¿Cómo se llama usted, profesora?

Cathy Grahame.

—¿Le resulto simpático, señorita Grahame? La verdad, por favor.

La rubia se turbó un poco.

—Si he de ser sincera, no.

—¿Por lo que le han contado de mí?

—En parte. Luego, al entrar aquí y verle en acción con la pelirroja, comprendí que lo que me habían dicho sobre usted era totalmente cierto. Más tarde, cuando intentó besarme, aún lo comprendí mejor. Aborrezco a los conquistadores.

—Agradezco su sinceridad.

—¿Y bien?

Lyon se pasó la lengua por los labios.

—¿Sabe alguien que usted desea encargarme el asunto?

—Nadie —contestó ella—. Ni siquiera mi hermana.

—Eso está bien.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Por qué ha acudido a mí, señorita Grahame?

—Ya se lo he dicho antes: me aseguraron que es un buen detective.

—En Chicago hay varios tan buenos como yo. Y si me apura, también mejores.

—Le prefiero a usted.

—¿A pesar de que no aprueba mi afición por el sexo débil? —sonrió irónicamente Lyon.

—Sí.

—No la creo, señorita Grahame. Para venir a mi apartamento a estas horas, entrar sin llamar, quedarse en combinación, y hacerse pasar delante de la pelirroja por lo que no es, debía tener algún poderoso motivo que la obligaba a todo ello. ¿Me equivoco?

Ella sonrió muy levemente.

—Es usted inteligente, señor Carson.

—¿Cuál es el motivo? —insistió Lyon.

La rubia suspiró hondamente y confesó:

—El dinero.

—¿Le han dicho que cobro menos que los demás...? —preguntó burlón el detective.

—No. Pero sí que cobra con arreglo a las posibilidades económicas de sus clientes.

—¿Las tuyas no son muchas?

—Así es. Una profesora de judo no gana demasiado. No obstante, trataré de pagarle lo que me pida, siempre y cuando me parezca justo.

—Bien, bien, bien... —repuso Lyon, dando varias cabezadas.

—Todavía no me ha dicho si acepta el caso...

El detective clavó su mirada en los profundos ojos azules de la rubia y sonrió socarronamente.

—Si llegamos a un acuerdo en el asunto económico, cosa que no dudo en absoluto, aceptaré el caso, señorita Grahame.

—¿De veras? —Se le iluminó el rostro a Cathy.

—De veras. Estoy dispuesto a olvidar la paliza que me dio. Y también que usted tiene un mal concepto sobre mi conducta moral. Tampoco me importa el hecho de que no le sea simpático. Alguien tiene que intentar descubrir al Sindicato del Mamporro, y parece ser que me ha correspondido intentarlo a mí. Pues bien, al toro. Sé que no me resultará sencillo ni cómodo, pero no me asustan las dificultades. Pienso en su hermana Christie, en su esposo, en Daisy... Y en muchas familias que, como ellos, se verán asediados y maltratados por esos canallas. No puedo permitirlo, no señor.

Lyon Carson había puesto tanto énfasis en sus palabras que Cathy

Grahame se sintió un poco avergonzada por su comportamiento anterior. Empezó a creer que se había equivocado bastante al juzgar al detective y se ruborizó visiblemente.

—No sé cómo agradecerse, señor Carson... —dijo emocionada.

—¡Bah!, olvídalo. Lo que hay que hacer es apresar a esos malhechores. Y cuanto antes, mejor —respondió decididamente él.

Lyon hizo ademán de levantarse del diván, pero al segundo lanzó un lastimoso gemido y desistió de intentarlo de nuevo.

—Olvidaba que estoy muy magullado... —dijo con una mueca de dolor.

Cathy Grahame aún se sintió más avergonzada que antes.

—No sabe cómo lamento... —Intentó disculparse la rubia.

—Déjelo, déjelo —interrumpió Lyon, con cara de circunstancias.

—Yo...

—Usted hizo lo que debía. La culpa fue mía por confundirla con una de mis frescas amigas. Me sacudió con toda la razón. —Pero demasiado fuerte...

—Eso sí —asintió Lyon, con aire triste.

—¿Me perdona, señor Carson? —suplicó Cathy.

—Oh, vamos, claro que sí. Ya no le guardo rencor. Espero reponerme pronto, para poder empezar las pesquisas oportunas y verme cara a cara con los del Sindicato del Coscorrón.

—Sindicato del Mamporro... —rectificó sonriente ella.

—Ah, sí, eso.

—¿Hablamos de sus honorarios, señor Carson?

—Bueno.

—¿Cuánto va a cobrarme?

—Tratándose de que usted no es económicamente fuerte, le aplicaré la tarifa mínima; veinticinco dólares diarios.

Cathy Grahame dejó súbitamente de sonreír y empezó a ponerse pálida.

Lyon se dio cuenta y también cambió la expresión.

—¿Le parece demasiado, señorita Grahame?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—No puedo pagar tanto, señor Carson —confesó apenada.

—Caramba. Pues le aseguro que es lo mínimo que cobro...

—Le creo. Sin embargo, es demasiado para mí. No quiero perjudicar tampoco sus intereses. Será mejor que olvide el asunto, señor

Carson.

Lyon chascó la lengua repetidas veces.

—Ni hablar, señorita Grahame. Haré una excepción con usted, porque las circunstancias lo aconsejas.

Pero yo no...

Usted se calla, amiga mía —cortó amablemente Lyon—. ¿Puede pagar... veinticinco centavos diarios?

La rubia respingó exageradamente.

—¿Cómo...?

—¿También le parece demasiado? —sonrió guasón el detective.

—¿Pretende burlarse de mí? —Se puso seria Cathy.

—Ni mucho menos.

—Pero veinticinco centavos es una cantidad irrisoria.

—Aceptaría su caso aunque fuese gratis.

—Se lo agradezco mucho, señor Carson, pero no me parece justo.

Mencione una cantidad más razonable.

—La dejo a su elección, ¿le parece bien?

—Si es lo que usted quiere...

—Sí.

—De acuerdo. Le pagaré lo que honradamente pueda.

—Trato hecho —dijo él, ofreciendo su diestra a la rubia.

Cathy se la estrechó complacida y con risueña expresión.

—Creo que le juzgué precipitadamente, señor Carson.

—El tiempo lo dirá, señorita Grahame. Admito que me gustan las chicas bonitas más que las fresas con nata, a pesar de que este postre me vuelve loco, pero no soy mala persona. Se lo digo sinceramente.

—De eso estoy convencida. Lo que ha hecho por mí...

—Afortunadamente, no me preocupa el dinero. Tengo el suficiente como para vivir sin estrecheces.

—Gracias, señor Carson —dijo ella, poniéndose en pie—. Si desea comunicarse conmigo, me encontrará en el centro Agilidad y Fuerza. Por las mañanas, de ocho a doce, estoy en él. También por las tardes, de cuatro a siete.

—Si descubro algo, me pasaré por allí, y al mismo tiempo, me dará unas cuantas lecciones de judo —sonrió Lyon.

—Yo sólo puedo enseñar a las chicas...

—Qué pena.

—Pero puedo presentarle a un magnífico profesor japonés.

—No será lo mismo, pero tendré que conformarme.

—Buenas noches, señor Carson —dijo ella, dedicándole una sonrisa.

—La acompañaré hasta la puerta —se ofreció él, alzándose también.

Se oyó un estrépito y un grito.

El grito lo lanzó la rubia.

El estrépito lo ocasionó Lyon, al fallarle las piernas y estamparse de bruces contra la alfombra.

Cathy se arrodilló junto al detective y empezó a palmearle las mejillas nerviosamente, porque Lyon parecía haber perdido el sentido.

—¡Señor, Carson, responda...! ¿Qué le ocurre? ¿Qué tiene?

—¡Ay...! —gimió débilmente él, con los ojos semicerrados y los labios temblorosos.

—¿Se encuentra mal?

—La verdad es que no muy bien...

—Todo por culpa mía —se lamentó Cathy.

—No, no; no se culpe...

—¿Quiere que avise a un médico?

—No será necesario, señorita Grahame. Con unas horas de absoluto descanso me encontraré como nuevo —dijo quedamente Lyon, y luego exhaló un suspiro y soltó dos o tres gemidos más.

—Le conviene meterse en la cama.

—Sí...

—¿Quiere que le ayude a llegar hasta ella?

—Se lo ruego. Yo solo nunca lo conseguiría...

—Vamos, ánimo.

—Sí, ánimos no me faltan. Vamos.

Cathy Grahame intentó levantar al detective.

Sin embargo, Lyon parecía un cuerpo muerto.

La rubia siguió esforzándose y empezó a sudar.

—Arriba, señor Carson... —jadeó ella.

—Eso, eso: arriba. ¡Aúpa! —exclamó él, echándole los brazos al cuello.

Cathy tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no caerse sobre el pecho del detective.

—Ya falta menos, señor Carson...

—Sí, ya estoy más cerca —repuso él, casi materialmente abrazado a

la rubia, lo cual le producía una sensación muy agradable.

—Un poquito más... —pidió Cathy, viendo que el detective casi había logrado recuperar la vertical.

—¡Uf! —resopló él, lográndolo al fin.

—¡Ya está! —exclamó ella, tratando de darle ánimos.

—¡Hale!, a la cama —dijo Lyon, descansando sobre el perfecto cuerpo de la rubia.

—Con cuidado, señor Carson, no vaya a caerse otra vez.

—Menos mal que puedo apoyarme en usted, señorita Grahame...

—Apóyese, apóyese —autorizó Cathy bondadosamente.

Lyon avanzaba muy despacio, en dirección al dormitorio. Con su brazo zurdo rodeaba los hombros femeninos, y con el derecho se apoyaba en la cadera izquierda de la rubia.

Sus rostros estaban muy cerca.

—Otro pasito más, señor Carson.

—Y otro menos, señorita Grahame.

—¿Cómo?

—Quiero decir que otro pasito menos para llegar a la cama y... poder descansar.

—Sí, eso es lo que le hace falta.

—No lo sabe usted bien... —respondió Lyon, sintiendo el cálido aliento de ella en sus mejillas.

—Sigamos.

—Sigamos, sigamos...

Con pasos vacilantes, apretándose cada vez más a la rubia, Lyon alcanzó el dormitorio y se aproximó a la cama.

—Ya estamos, señorita Grahame —dijo él, deteniéndose junto al lecho.

—Déjese caer con cuidado.

—Sí, sí; con mucho cuidado. ¡Ay, huy, ay...! —exclamó cuando se acostó de espaldas—. ¿Qué tal ahora? —inquirió ella, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano y respirando entrecortadamente.

—Bien, un poco mejor... Súbame las piernas, ¿quiere?

Cathy se las colocó sobre la cama.

—Qué amable es usted, señorita Grahame... —añadió Lyon, forzando una sonrisa—. Es lo menos que puedo hacer por usted, señor Carson. Está así porque yo lo volteeé con demasiado impulso.

—Me lanzó como si fuera un muñeco... —Sí...

Lyon exhaló un suspiro exagerado y cerró los ojos.

—En ocasiones como ésta es cuando uno echa de menos a su madre... —murmuró lánguidamente.

—¿Dónde vive la suya, señor Carson?

—En el cielo. Murió hace apenas un año.

—Debió ser un golpe muy duro...

—Durísimo. Se cayó desde un decimosexto piso.

—¡Oh! —exclamó sorprendida Cathy—. Perdone, señor Carson. Cómo iba yo a saber...

—Me hago cargo —repuso Lyon, quitándole importancia al hecho con un gesto.

La rubia carraspeó ligeramente.

—Bueno, señor Carson, si no necesita nada más... Es muy tarde y debo marcharme.

—Sí, claro. Le quedo muy agradecido, señorita Grahame.

—¿No le importa quedarse solo... dado su estado?

—Descuide; no me sucederá nada —dijo él, pero poniendo cara de cadáver.

—Buenas noches, señor Carson...

—Adiós, señorita Grahame. Y gracias otra vez.

Cathy se dirigió hacia la salida del dormitorio.

—¡Ah!, si mi madre viviera... —suspiró Lyon—. Siempre me daba un beso antes de dormirme, porque me ayudaba a conciliar el sueño...

Ella se detuvo en el umbral y desde allí miró al detective.

Luego regresó sobre sus pasos y se acercó a la cama.

El detective mantenía los ojos cerrados y tenía una expresión de profunda melancolía.

Cathy se inclinó sobre Lyon Carson y acercó sus labios a los de él.

Tenía intención de darle un beso suave, fugaz, casi maternal.

Sin embargo, le dio un beso intenso, largo, de mujer enamorada.

¿Por qué?... Cathy Grahame no pudo explicárselo.

Sucedió que Lyon correspondió a la caricia con tal experiencia y maestría que ella se abandonó sin darse cuenta.

Cuando empezó a dársela, Lyon ya la abrazaba con fuerza, sin dejar de besarla.

La reacción de la rubia fue fulminante.

En un abrir y cerrar de ojos, Lyon Carson se vio elevado de la cama y lanzado como una bala contra un armario.

El estruendo fue ensordecedor, ahogando el doloroso aullido que emitió el detective.

Cathy Grahame, con los ojos relampagueantes de ira, corrió hacia él y lo atrapó por un brazo, dándole un impresionante tirón, acompañado de una hábil torsión.

Lyon, para evitar la fractura del miembro, se vio obligado a girar en el aire como una tuerca, mientras cruzaba la estancia por encima de la cama y se estrellaba contra la pared del otro lado, derribando una silla tapizada y quedando desmadejado.

—¡Por los cuernos de Satanás! —chilló desesperado—. ¡Que sólo ha sido un beso, señorita Grahame...!

—¡Lo va a pagar con la fractura de la espina dorsal! —gritó ella, mientras corría otra vez hacia él, convertida en un furioso ciclón.

Más que el beso en sí, lo que había enojado a la rubia era el hecho de que ella, ¡ella!, hubiese contribuido apasionadamente a elaborarlo, materializarlo y madurarlo. ¡Y con Lyon Carson, un experto conquistador!

—¡Socorro...! —exclamó él, viendo lo que se le venía encima.

Cathy hizo oídos sordos y volvió a cogerlo, ahora de una pierna.

—¡Si me deja cojo no voy a poder descubrir a los del Sindicato del Mamporro! —graznó Lyon, temiendo que iba a convertirse por tercera vez en un platillo volante humano.

Su advertencia hizo mella en la rubia, ya que ésta desistió de voltearlo de nuevo.

—¡Bribón...! ¡Bellaco...! ¡Granuja!... —voceó Cathy—. ¡Debería descoyuntarle todos los huesos!

—Otro día —rogó Lyon, encogido en el suelo como un chimpancé.

—¡Todo fue una farsa, bandido!... ¡No estaba magullado!

—Bueno, pues ya lo estoy ahora. ¿Satisfecha?

Los ojos de ella despedían fuego y su rostro estaba congestionado.

—¡Es usted un ser vil y ruin!

—Bien.

—¡Despreciable!

—De acuerdo.

—¡Cuando acabe con el caso...!

—Usted acabará conmigo —interrumpió Lyon, adivinando la frase.

—¡Sí...!

—Hasta entonces, pues, señorita Grahame.

—¡Rufián!

—Ya vale, ya vale...

—¡Le arrancaré la piel!

—Y se hará un bolso. Ya verá como le dura muchos años.

Ella dio la impresión de que iba a comérselo vivo.

—Cuando acabe el caso, señorita Grahame —dijo rápido Lyon, lo cual impidió que la rubia le sacudiese de nuevo.

Cathy, hecha una furia, dio media vuelta y salió precipitadamente del dormitorio.

Poco después se oyó un tremendo portazo.

—Caray con la prodigiosa rubia... —sonrió Carson, mientras se levantaba del suelo.

Se le escapó un gemido, y esta vez, totalmente auténtico, porque la profesora de judo se había despachado a gusto con él.

Se dejó caer en la cama y empezó a cavilar sobre lo que debía hacer para descubrir a los del Sindicato del Mamporro.

Antes de dormirse, no obstante, volvió a recordar a Cathy Grahame y sonrió ampliamente.

Demonios... ¡Cómo besaba aquella excepcional rubia!

CAPÍTULO IV

Lyon Carson cruzó el portal de un edificio viejo y cochambroso. Subió por unas escaleras no menos deplorables y malolientes, deteniéndose en la tercera planta.

Se veían tres puertas en ella.

El detective avanzó hasta situarse frente a la que se ubicaba en el centro, señalada con el número 12.

Como el timbre eléctrico aparecía colgando de la pared, medio arrancado, con claros síntomas de que estaba totalmente inservible, Lyon llamó un par de veces con los nudillos.

Percibió algunos ruidos en el interior de la habitación.

Al ver que nadie acudía a franquear la puerta, Carson repitió la llamada, aumentando la intensidad de los golpes.

Se disponía a hacerlo por tercera vez, cuando la puerta se entreabrió, dejando ver el rostro bonito, aunque excesivamente pintarrajeado, de una mujer de unos veintiséis años. Era morena y llevaba los cabellos largos y sueltos, más bien revueltos.

—Hola, guapa —saludó sonriente Lyon.

—¿Quién es usted? —interrogó ella con desconfianza, escrutando de arriba abajo al detective privado.

—Quiero hablar con Mark Owens.

—¿Quién es Mark Owens?

—El inquilino de esa habitación —respondió Lyon, apuntándola con el índice por encima de la cabeza de la mujer.

—Comprendo. Usted se refiere al tipo que antes la ocupaba.

—¿Antes...? —inquirió Carson, empequeñeciendo los ojos.

—Hace dos meses que la dejó. Ahora me pertenece a mí, que soy quien paga religiosamente el alquiler.

—De modo que Mark Owens cambió de nido... —comentó extrañado Lyon, pellizcándose un lóbulo.

—Así es.

El detective miró profundamente a su interlocutora.

—Oye, preciosa: ¿a qué te dedicas? —preguntó amigablemente.

—No le importa —replicó agriamente ella.

—Sí me importa —retrucó Lyon, sin perder su tono amable.

La morena quiso cerrar la puerta con un movimiento brusco, pero Carson introdujo la puntera de su zapato izquierdo, a tiempo y lo justo para lograr impedirlo.

Ella frunció el ceño.

Lyon sonrió con ironía.

—Déjeme cerrar —pidió la mujer—. No tiene ningún derecho a impedírmelo. —Respóndeme primero a unas pocas preguntas—. ¿Es usted policía? —indagó, mirándole fríamente—. No.

¿Por qué he de creerle?

Porque digo la verdad.

¿Qué quiere saber?

—Ya te lo he dicho antes. ¿A qué te dedicas?

Ella esbozó una leve sonrisa cargada de desdén y respondió:

—Vivo de los hombres.

—¿«Trabajas» por tu cuenta?

—Sí.

—De acuerdo. Considérame un cliente.

—No.

—¿Por qué?

—Tengo todas las horas ocupadas —sonrió de nuevo, ahora con jactancia.

—¿Jornada intensiva...? —repuso Lyon.

—Pitorréese de su madre —replicó duramente la mujer, mirando con enojo al detective.

—Debiste sentirte halagada por mis palabras...

—Váyase al demonio.

—Más tarde. Déjame entrar.

—No.

—¿Hay alguien contigo?

—No.

—Entonces, no veo inconveniente.

—He dicho que no.

—Y yo he dicho que sí —replicó Lyon, dando un fuerte empujón con el hombro derecho.

La morena dio un grito de sorpresa y se fue para atrás con pasos trastabillantes.

Lyon entró en la habitación y cerró la puerta.

La estancia estaba bastante desordenada. Tan desordenada como cuando la ocupaba Mark Owens, un sujeto que conocía hasta el fondo todos los asuntos sucios que se preparaban o se llevaban a cabo en Chicago. Tenía la rara y difícil habilidad de enterarse sin que nadie supiera cómo y cuándo lo lograba. A Lyon Carson le había proporcionado en varias ocasiones, a cambio de unos cuantos dólares, valiosas informaciones que ayudaron al detective a esclarecer y solucionar muchos de sus casos.

Lyon dio una ojeada rápida a la destartada habitación, entre otras cosas, porque valía la pena fijarse más en la mujer de negros cabellos.

Antes, por la abertura de la puerta, solamente había podido admirar su rostro atractivo, pero ahora, la tenía delante de cuerpo entero. Y vaya cuerpo...

Llevaba puesto, por toda indumentaria, un cortísimo camisón de gasa transparente, lo que permitía contemplarla de norte a sur y de este a oeste.

Lyon, veterano y experto en aquella clase de «puntos cardinales», le dio la revisión que ella se merecía, mientras exhibía una sonrisa socarrona.

Tras lanzar un largo silbido admirativo, emitió su opinión:

—Sobresaliente en piernas; sobresaliente en caderas; matrícula de honor en... ¡Largo de aquí! —ordenó la del provocativo camisón, con un gesto indignado.

—La que se va a largar de aquí eres tú —replicó serenamente Lyon.

—¿Qué...? —Enarcó las cejas ella.

—Ya lo has oído, hermosa. Marchando —chascó los dedos el detective.

—¡Ésa es mi habitación! —exclamó la morena, columpiando sus pronunciados senos a causa de su nerviosismo.

—Mientes, pájara...

—¡Que no!

—Que sí...

—¡No puede echarme!

—Fuera, antes de que pierda la compostura y te saque de las orejas al corredor.

—¡No se atreverá! —exclamó ella, aunque sin mucha convicción.

—Ahora verás si no —dijo él, avanzando hacia la morena con los

brazos extendidos.

La fémina corrió hacia la puerta y la abrió velozmente.

—¡No puedo salir al corredor en camión! —gimió desde el umbral, mirándose el insignificante atuendo.

—Tienes quince segundos para ponerte algo encima —autorizó Lyon.

La morena se acercó con temor a una silla sobre la cual descansaban varias prendas femeninas, sin dejar de observar al detective. Se colocó un estrecho vestido, muy vistoso, que resultó mucho más vistoso cuando dibujó todos los contornos que poseía ella. Los zapatos y las medias se los llevó en las manos.

Lyon aguardaba junto al umbral de la puerta.

La mujer pasó corriendo por delante del detective, pero no pudo evitar que la mano derecha de él estallara seca en sus marcadas posaderas.

Ella soltó un chillido, al tiempo que se doblaba hacia atrás.

Lyon cerró la puerta.

Luego, caminó sonriente hacia una silla y se sentó en ella, sacando su paquete de cigarrillos.

Se llevó uno a los labios y le prendió fuego.

—Tengo prisa, Owens —dijo Lyon, sin mirar a un punto definido.

Nada se alteró en la estancia.

—No me obligues a revisar el interior del armario, el cuarto de baño, o debajo de la cama, porque te pesará, Owens. Palabra de Lyon Carson.

Se oyó una ahogada maldición, acompañada de unos leves ruidos.

Un tipo asomó la cabeza por debajo de la cama.

—Buenas noches, Owens —sonrió Lyon, mirando al sujeto—. ¿No te parece que ya eres mayorcito para jugar todavía al escondite?

El individuo maldijo de nuevo, ahora en voz alta, y salió a gatas de su poco original escondrijo. Se puso en pie. Era de cuerpo enérgico y musculoso, bastante feo de cara, aparentando unos cuarenta años. Iba en camiseta y pantalones de pijama.

Miró al detective con el entrecejo arrugado.

—No me gustan los allanamientos de morada, Carson —dijo hoscamente.

—Ni a mí que me engañen, Owens —repuso Lyon sin alterarse lo más mínimo—. Tengo derecho a negarme a recibir las visitas que yo

quiera —gruñó Owens. No lo discuto.

Pues demuéstramelo saliendo de aquí.

Cuando te haya hecho un par de preguntas.

Puedes ahorrártelas. No van a recibir respuesta.

—Te pagaré bien, Owens.

—No.

—¿Qué sucede? Otras veces me has facilitado datos que necesitaba, sin hacerte tanto de rogar...

—He cambiado de forma de pensar.

—¿Por qué?

—Resulta demasiado arriesgado el oficio de soplón.

—Sabes que yo nunca te delataría, Owens.

—Todos decís lo mismo, pero yo no me quedo tranquilo.

—No me convence esa respuesta.

Mark Owens cerró los puños y pareció dispuesto a lanzarse sobre el detective. Pero no lo hizo. Recordó que otras veces lo intentó y no le fue nada bien.

Apretó los dientes y se sentó en la cama.

—Está bien, Carson; pregunta lo que quieras. Pero rápido, que tengo prisa.

—Para continuar con la morena, ¿eh?

—Gracias a ti, ya no voy a poder contar con ella esta noche. La has asustado.

—Bueno, encontrarás otra. En Chicago hay donde elegir. Si lo sabré yo...

—Al grano, Carson.

—Dime todo lo que sepas sobre el Sindicato del Mamporro.

—Nada.

—No te creo.

—Allá tú. Yo te digo la verdad.

—Mientes, Owens. Si no supieras nada de esa organización, te hubieras sorprendido al oír el nombrecito, igual que me sorprendí yo. Pero tú no te has inmutado, lo cual prueba que no te viene de nuevas.

Mark Owens se puso en pie y paseó nerviosamente por la estancia, retorciéndose las manos.

—¿Qué, Owens, no te decides? —inquirió Lyon, dando una chupada a su cigarrillo y expulsando el humo con calma.

Mark Owens se detuvo y quedóse mirando fijamente al detective. Elevó un índice y apuntó hacia éste:

—No puedo darte esa información, Carson.

—¿Por qué?

—Porque me jugaría la piel. Y creo que te hago un señalado favor negándotela.

—¿A mí?

—Sí, a ti. El Sindicato del Mamporro es una organización muy a tener en cuenta, Carson. No cometas la locura de enfrentarte a ella aunque te paguen con lingotes de oro.

—Hasta ahora sólo me han pagado con demostraciones prácticas de judo —sonrió Lyon, recordando los golpes que le recetara la noche anterior, la sensacional Cathy Grahame.

—¿Cómo? —se sorprendió Mark Owens.

Sería largo de explicar Pero me he comprometido a desenmascarar a ese Sindicato, Owens. Necesito tu colaboración, porque no tengo ninguna pista ni sé por dónde empezar a buscar.

Mark Owens se llevó las manos a la cabeza y volvió a sentarse en la cama.

—No es tarea para un hombre solo, Carson... —gimió casi.

—Eso es cuenta mía.

—Te enterrarán pronto...

—También es cuenta mía.

—¿Sabes una cosa? Cuando llamaste a la puerta, me acerqué a la mirilla, y descubrí que eras tú, tuve la corazonada de que venías en busca de información sobre el Sindicato del Mamporro. Por eso obligué a la fulana a representar la farsa. Temía hablar contigo, Carson. Vaya si la tenía...

—La morena mintió muy mal.

—Sí, ya me di cuenta. No es fácil engañarte a ti.

—Vamos, Owens, háblame ya del asunto.

—¿Si te liquidan no me guardarás rencor?

—Si me liquidan no podré guardar rencor a nadie —repuso jocosamente Lyon.

—Como quieras, Carson. Pero recuerda que tú lo has querido.

—Menos retórica, Owens. Picotea directo.

—¿No mencionarás mi nombre aunque te quemen con un soplete?

—Ni aunque me asen como a un pavo. Ya me conoces.

—¿Has oído hablar del club Alaska?

—Sí. Es un antro de cuidado. Guarida de forajidos, chantajistas, traficantes...

—Y tipos peores.

—Sigue —apremió Lyon.

—Por allí suele dejarse ver un individuo llamado Conrad Boyd. Es un elemento que ya ha estado en prisión un par de veces.

—¿Pertenece al Sindicato del Mamporro?

—Creo que sí. Un sujeto le propuso un negocio sucio, de los que él solía aceptar, pero esta vez se negó, alegando que ya tenía un trabajo continuado, seguro y bien remunerado. No citó nombres, pero yo, que oí casualmente la conversación, me huelo que se refería al Sindicato. Le he visto acompañado en varias ocasiones de dos o tres fulanos tan corpulentos como él. Cualquiera de ellos es capaz de derribar un muro de hormigón de un solo puñetazo.

—¿Lo dices para darme ánimos? —ironizó Lyon.

—Cuando te los veas avanzar hacia ti, te acordarás de mis palabras —profetizó Owens.

—¿Cómo es ese Conrad Boyd?

—Además de alto como un jugador de baloncesto, y fuerte como un mamut, tiene cara de simio. Lleva un espeso bigote, tiene los dientes grandes, sucios y estropeados, una cicatriz en la mejilla derecha, y el pelo, negro y bastante rizado. Viste trajes claros, camisas de color y corbatas exageradamente llamativas.

—¿Algún dato más?

—Calza un 46. Ya lo comprobarás cuando te suelte alguna coz.

Lyon no pudo reprimir una carcajada.

—Son veinticinco dólares —añadió Owens, alargando una mano.

¿Has subido la tarifa...?

No. Pero tienes que pagarme el «plan» que he perdido por tu culpa. La morena ya había cobrado.

—Eres un granuja, Owens —sonrió Lyon.

—Si no lo fuera, tú no necesitarías mis servicios.

—Eso es cierto.

—Pagando, Carson.

Lyon se puso en pie, sacó de un bolsillo los veinticinco dólares y se los entregó al informador.

—Gracias, Owens.

—De nada —respondió éste, guardándose veinte dólares en una billetera que sacó del cajón de una mesilla de noche. Los otros cinco los escondió debajo del colchón, y luego añadió—: Estos cinco pavos no me los gastaré pase lo que pase.

—¿Por qué? —Quiso averiguar Lyon, extrañado.

—Cuando me llegue la noticia de tu muerte quiero tenerlos disponibles. Al mejor y más tozudo de mis clientes no pueden faltarle las flores en su entierro. Mark Owens se ocupará de ese detalle, palabra.

Lyon volvió a reír.

—No seas lúgubre, infiernos —protestó.

—Ojalá me equivoque, Carson, pero preveo que vas a pasarlo muy mal desde el momento en que pongas los pies en el club Alaska.

—Es mi oficio, Owens.

—Tampoco en el mío se está seguro. No lo olvides, ¿eh?

—Por mi boca nadie sabrá una palabra de lo que hemos hablado, Owens.

Éste asintió con un gesto y sonrió.

—Estoy seguro, Carson. Buena suerte.

Lyon estrechó la ancha mano que le ofrecía Mark Owens y luego salió de la habitación.

Como el informador había pronosticado, en el corredor no había ni rastro de la mujer de cabellos negros y cuerpo apetecible.

Carson bajó las escaleras rápidamente.

Una vez en la calle, cruzó la acera y saltó sobre un descapotable azul, accionando la llave de contacto.

El «Mustang», un modelo reciente, de línea deportiva, rugió poderoso cuando se puso en marcha.

Veinte minutos después, Lyon detenía su vehículo a unos cien metros del club Alaska.

Antes de bajar del coche, se cercioró de que su revólver estaba en condiciones de ser utilizado.

Después caminó hacia el club nocturno.

Entró en él.

Apenas dio la primera ojeada, descubrió a un sujeto que, por su aspecto e indumentaria, debía ser Conrad Boyd.

Lyon Carson avanzó decidido hacia él.

CAPÍTULO V

Mark Owens no había exagerado un ápice.

El sujeto en cuestión era robusto y tenía, efectivamente, cara de gorila. Parecía el hermano pequeño de King-Kong.

A pesar de su poco atractivo aspecto, se gastaba buena compañía.

La hembra de cabellos castaños que le daba conversación estaba muy potable, enfundada en un descotado vestido de noche que se pegaba a su sobresaliente cuerpo provocativamente.

Ambos estaban sentados alrededor de una mesa algo alejada de la pequeña pista de baile.

Conrad Boyd había descubierto el corte frontal del vestido de la mujer que le acompañaba y estaba haciendo uso de él, sin que ella le pusiera impedimento alguno. —Hola, Boyd— saludó Lyon, sonriente, mientras ocupaba una silla junto a la mesa que compartía la pareja.

El bigotudo y la mujer le prestaron atención.

Lyon sonrió pícaramente, al tiempo que miraba a la fémina.

—¿Me dejas un rato a tu chica, Boyd...? Creo que se le puede sacar un partido excelente.

Ella sonrió coquetamente, complacida por el halago de Lyon hacia su físico.

Conrad Boyd arrugó el ceño.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó ásperamente.

—El nombre es lo de menos —respondió Lyon—. Pero soy, como tú, un tipo de cuidado. He robado, he vendido estupefacientes, he chantajeado, he sacudido mamporros. Oye, hablando de mamporros: ¿cómo te va por el Sindicato del Mamporro? He oído decir que esa organización paga bien y tiene algunas plazas disponibles. ¿Podrías conseguir que me emplearan también a mí?

El malhechor se quedó mirando al detective como si éste fuese un aparecido.

La mujer también pareció desconcertarse.

Lyon no dejó de sonreír. Aprovechando que Conrad Boyd y la

hembra se habían quedado de muestra, acercó rápido su rostro al de ella y la besó en los labios.

La mujer no retiró la cara, aunque pillada por sorpresa, tampoco devolvió la caricia.

—No está mal, pequeña —opinó Lyon—. Tus labios saben a mermelada de albaricoque.

Boyd, endureciendo la mirada, alargó una zarpa y cogió a Lyon por la pechera de la camisa.

—¿Quién te has creído que eres, compadre? —Gruñó encorajinado.

—Calma, muchacho, calma... —aconsejó Carson, sin abandonar su risueña expresión—. No la volveré a besar si ello te complace.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Eres bastante conocido, Boyd.

—¿Quién te ha mencionado lo del Sindicato?

—Mucha gente. Ya no es un secreto en Chicago que existe el Sindicato del Mamporro.

El indeseable entrecerró los ojos, con la mente hecha un lío por las respuestas de Lyon.

—Me estás arrugando la camisa, Boyd. Y me estás dejando la corbata como un higo. Te ruego que me sueltes —rogó con buenos modales Lyon.

El matón no obedeció.

—Vas a tener que acompañarme, amigo —dijo gravemente.

—¿Adónde? —inquirió el detective.

—No te importa.

—Que te crees tú eso —sonrió Lyon—. Si no me dices adónde vamos, no me moveré de aquí.

—Si no obedeces por las buenas, te llevaré a rastras.

—No me gustan las amenazas, Boyd —replicó Lyon, golpeando el antebrazo del bigotudo.

Éste se vio obligado a soltar la camisa del detective.

Lyon se centró el nudo de la corbata.

—¿No decías que querías trabajar para el Sindicato? —sonrió astutamente Conrad Boyd, dulcificando el tono de su voz, pero sin conseguir ocultar del todo la inmensa rabia que le dominaba.

—Sí.

—Pues acompáñame, hombre —propuso jovialmente el malhechor—. Hablarás con ellos.

—Si lo hubieras aclarado antes, no hubiésemos discutido.

Boyd soltó una risotada que olía a falsa y agregó:

—Anda, vamos.

Conrad Boyd se puso en pie.

—¿De veras te ha molestado que antes la besase? —preguntó Lyon, mirando deseoso a la mujer.

—No, qué va —rió Boyd, mientras sus ojos negaban sus palabras.

—En tal caso... —repuso el detective, aproximándose a ella.

Le soltó un beso que dejó sin respiración a la mujer.

Ella le correspondió esta vez, lo cual aumentó la ira de Conrad Boyd.

—Jamás probé unos labios tan vitamínicos, ricura —dijo Lyon, levantándose después.

Miró al matón y añadió:

—Cuando gustes, Boyd.

—Sígueme —ordenó éste, conteniéndose a duras penas.

Los dos hombres salieron del club Alaska.

—Tengo el coche estacionado en aquella calle —aclaró Conrad, señalando una poco iluminada.

Lyon no dijo nada y siguió los pasos de Boyd.

Cuando entraron en ella, éste se revolvió como una centella y lanzó un terrorífico derecho al rostro del detective.

Lyon, que ya esperaba algo así, ladeó la cabeza a tiempo.

El puñetazo del matón se perdió en el vacío.

El castañazo que envió Carson alcanzó a Conrad Boyd en plena frente.

Éste soltó un rugido inhumano, pero apenas se tambaleó.

Lyon le disparó un zurdazo al plexo y luego le sacudió con la derecha al mentón.

Estos tres golpes, contundentes, certeros, y asestados en brevísimos segundos, hubieran acabado con la resistencia de un elefante.

Pero parecieron no surtir efecto en Conrad Boyd, que supo encajarlos de forma increíble.

El malhechor impulsó su puño derecho y lo estrelló en el maxilar inferior del detective.

Lyon se fue para atrás al instante, sintiendo un profundo dolor en toda la cabeza.

Recordó que Mark Owens había dicho algo de un muro de

hormigón...

Boyd rió jactanciosamente, creyendo tener dominado a Carson, y avanzó hacia él.

Le largó un zurdazo a las fosas nasales, pero tuvo el segundo fallo de la noche, ya que el detective, muy ágil de reflejos a pesar del durísimo golpe encajado, se escabulló hábilmente.

Lyon le atizó un trallazo a la mandíbula, luego un gancho de izquierda al estómago y otro derechazo al mentón.

Boyd empezó a sangrar por la boca, pero se mantuvo firme.

—Eres duro como el granito, ¿eh? —dijo Lyon, resollando con fuerza, cansado y sorprendido al mismo tiempo por la resistencia insospechada de Conrad Boyd.

—Te voy a desmembrar, puerco —replicó el matón, lanzándose sobre el detective.

Lyon le recibió con un formidable derechazo al pecho y un izquierdazo a la boca.

Aun así, no pudo evitar que los fuertes brazos de Boyd se enlazaran a su espalda y empezaran a presionar.

—¡Que me partes el espinazo, gorila! —exclamó Lyon, doblándose hacia atrás.

—¡Quiero oír el crujido de tus huesos! —rugió Boyd, apretando más y más.

—¡Cuidado que eres bestia, hermano! ¿Seguro que te engendró una hembra humana?

—¡Te voy a dislocar, bastardo! —Rebuznó el malhechor, sin dejar de estrujar al detective.

Lyon comprendió que si no se zafaba rápidamente de los tentáculos de aquel energúmeno, sus segundos de vida estaban contados.

Reuniendo todas sus fuerzas, golpeó los flancos de su rival.

Conrad Boyd aulló dolorosamente y apretó los dientes, pero no soltó al detective.

Éste repitió los golpes, esta vez acompañados de un rodillazo a zona muy sensible.

Boyd soltó a Carson y se encogió con los ojos cerrados, el rostro verdoso, la boca torcida y espumeante.

Lyon no le dio respiro.

De un tremendo gancho de derecha, le obligó a enderezarse, y al segundo le cascó con la zurda al pómulo diestro.

Conrad Boyd se tambaleó por fin, con el rostro tumefacto.

Carson le sacudió dos golpes más.

El tercero, un mazazo entre los ojos, fulminó definitivamente a la torre humana.

Boyd cayó hacia atrás, quedando boca arriba sobre la calzada.

Lyon, respirando con dificultad, se apoyó sobre la capota de un automóvil.

—Si los demás miembros del sindicato son como éste, voy a tener que hacerles frente con un tanque blindado —masculló, contemplando el inerte corpachón de Conrad Boyd—. Claro que lo de Mamporro debía tener su justificación por algún lado...

Tras tomarse un descanso, Lyon arrastró el cuerpo de Boyd hasta esconderlo debajo de un coche.

A continuación, salió de la calle y se dirigió hacia donde tenía aparcado su «Mustang».

Lo puso en marcha y regresó con él a la oscura y desértica calle.

Cargó a Conrad Boyd en el asiento de atrás y luego bajó la capota del automóvil.

Con un trozo de cuerda de plástico, le ató las manos a la espalda.

Utilizó otra para atarle los pies.

Después se sentó al volante y pisó el acelerador.

No disminuyó la velocidad hasta que, ya en las afueras de la ciudad, alcanzó una carretera de poca circulación.

Lyon se salió de ella e internó el vehículo por un espeso grupo de árboles, hasta ocultarlo a la vista de los pocos automóviles que pasasen por la carretera.

Saltó al asiento posterior.

Conrad Boyd continuaba inconsciente.

Carson le cogió del pelo y le sacudió la testa.

—Eh, Boyd, despierta. Tenemos que hablar.

El indeseable gruñó algo incoherente.

—¿Qué, vas recobrándote? —interrogó Carson.

Boyd abrió un poco sus hinchados ojos y miró al detective con ferocidad.

—Siento haberte dado tanto, amigo, pero fue necesario —le dijo Lyon—. Tú no doblabas ni a la de tres.

—Ya me las pagarás con creces —amenazó Conrad, con ronca voz y ojos destellantes de cólera.

—No seas rencoroso, hombre. Tú quisiste romperme la espalda...

—La próxima vez lo conseguiré.

—No sueñes cosas imposibles.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Depende de ti.

—¿Policía?

—No. Detective privado —respondió Lyon.

—Sabía que todo lo que dijiste en el club Alaska eran embustes.

—No pretendía engañarte. Sólo sacarte de allí para poder hablar con tranquilidad. Tampoco yo me tragué el cuento de que ibas a llevarme amablemente ante la presencia de los del sindicato. Pensabas golpearme en el callejón y hacerme hablar, ¿eh?

Conrad apretó las mandíbulas y no respondió.

—Pues mira por dónde las cosas han cambiado, Boyd —añadió Lyon—. Ahora voy a ser yo el que interroga y tú el que respondas.

—No diré nada.

—Tendré que apretarte las tuercas, Boyd. Y no va a ser agradable para ti.

Los ojos de Conrad tuvieron un chispeo de temor.

—Si hablo, los del sindicato acabarán conmigo —dijo.

—Procuraré acabar yo antes con ellos, no te preocupes.

—No seas iluso. Nunca podrás lograrlo.

—¿Cuántos hombres componen el sindicato?

Boyd apretó los labios y bajó la mirada.

Lyon sacó su encendedor de gas y lo accionó, graduando la llama hasta que ésta alcanzó su máxima intensidad.

Conrad dio un respingo y dilató los ojos con espanto.

—¿Qué... qué vas... a hacer con eso? —tartamudeó, con la mirada fija en la llama del encendedor.

Lyon, aunque sólo trataba de asustar al malhechor para obligarle a hablar, respondió:

—Tostarte las orejas, la nariz, el cuello...

—¡No!...

—Vaya que sí, hijo. Si no hablas por las buenas, te dejaré el rostro más negro que la conciencia de Lucifer.

Y teniendo en cuenta que tú ya eres feo en avaricia, no creo que te convenga.

El forajido tragó saliva con dificultad y contrajo los músculos del

rostro, visiblemente aterrorizado.

Lyon acercó lentamente la llama hacia la cara de Conrad.

—¡No lo hagas!... —chilló Boyd, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Hablarás? —inquirió Lyon, sin llegar a quemarle.

—Sí...

—Mejor —dijo Carson, apagando la llama.

Conrad Boyd respiró hondamente, mientras gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente.

—De momento somos seis y el jefe confesó, respondiendo a la anterior pregunta del detective.

—¿Dónde tenéis la guarida?

—En una villa, cercana a la autopista Chicago-Springfield, a la altura del kilómetro 22.

—¿El nombre del jefe?

—Ben Russell.

—Vamos a ir a esa villa.

Boyd entornó los ojos.

—¿Qué vamos a...? —repitió, atónito.

—Ya lo has oído. Quiero comprobar si todo cuanto me has dicho es cierto. Y como no lo sea... —Lyon jugueteó con el encendedor, lo cual motivó que el forajido temblase de forma perceptible.

—Te he dicho la verdad —afirmó éste.

—No tardaré en saberlo, Boyd.

Carson pasó al asiento delantero y puso en marcha el motor, saliendo de nuevo a la carretera.

Poco después, Lyon frenaba el vehículo a una prudente distancia de la villa. —¿Es ésta?— le preguntó a Boyd.

—Sí.

—¿Cuánta gente habrá en ella ahora?

—No lo sé. La villa es propiedad del jefe. Nosotros sólo venimos cuando él nos llama para darnos órdenes. Igual puede estar solo que acompañado por uno o dos de los muchachos.

Lyon pidió al cielo que no hubiesen más de dos, porque de lo contrario..., adiós detective privado. Mark Owens tendría que utilizar los cinco machacantes que escondía debajo del colchón.

Tras estudiar brevemente la situación de la villa, Carson bajó del «Mustang», desató los pies de Conrad Boyd y le advirtió, apuntándole con su revólver:

—Baja del coche. Mantén la boca cerrada y no intentes nada o te balearé la sesera.

El matón obedeció.

—Andando hacia la villa —ordenó Lyon.

Caminaron en silencio hasta llegar junto al muro que la rodeaba.

Tenía unos dos metros de altura y un espesor cercano a los veinte centímetros.

En la casa se veían algunas ventanas iluminadas.

—¿Cómo se abre la verja? —inquirió Carson, comprobando que ésta estaba herméticamente cerrada.

—Sé pulsa un timbre que hay en el lado izquierdo. Desde el interior de la casa, si conviene, accionan el dispositivo que la mueve automáticamente.

—Tendremos que saltar el muro. ¿Ofrece algún peligro?

—No.

—¿Seguro? —interrogó duramente Lyon.

—De veras. No está electrificado, ni nada parecido.

—Voy a creerte, Boyd. Salta.

—¿Qué?

—Que saltes, hombre.

—¿Cómo voy a hacerlo con las manos atadas a la espalda?

—De cabeza —replicó Lyon, apoderándose de las piernas del matón.

—¡Me la romperé! —gimió por lo bajo Conrad.

—Si no te la he roto yo con mis puños, ¿cómo va a poder con ella la blanda tierra de esta zona?

—Pero...

—No hay peros. Y procura no armar raido o te enviaré un par de garbanzos de plomo.

Lyon elevó a Boyd y lo tiró al otro lado del muro.

Se oyó un sordo estrépito y un débil gemido.

El detective trepó con agilidad y desde lo alto del muro descubrió a Conrad, tumbado en el suelo, en una posición hartó cómica.

—¿Todo en orden, muchacho? —preguntó quedamente, después de saltar a tierra.

—Casi me he partido el cuello... —farfulló Boyd.

—No dramáticos, exagerado, y ponte en pie.

El malhechor lo hizo, con algún esfuerzo.

La iluminación de la villa, cerca del muro, era muy deficiente,

porque las luces de la casa quedaban algo distantes.

Lyon agradeció esta circunstancia.

—Vamos hacia la casa, Boyd.

Los dos caminaron con lentitud, el matón delante y el detective detrás, con el revólver presto.

Habían avanzado unos diez metros, cuando Lyon percibió un tenue ruido a sus espaldas.

Quiso reaccionar velozmente, temiéndose lo peor.

No pudo.

Algo muy duro y contundente golpeó contra su cabeza.

Lyon se fue de bruces contra el suelo, dejando caer su revólver. Ya no se movió.

CAPÍTULO VI

Conrad Boyd reconoció a los dos hombres que tan silenciosamente habían hecho acto de presencia.

—Qué oportunos, muchachos —dijo, alegremente.

—Bonnie Agnew nos puso al corriente de la extraña conversación que habías mantenido con este sujeto —explicó Andy, sosteniendo aún en su mano derecha el tubo de plomo con el que había golpeado al detective. Se agachó y recogió el revólver de éste.

—Andy y yo decidimos darnos una vuelta por el club Alaska —añadió Troy—, para ver si te encontrábamos y tomábamos unos tragos juntos. Al no verte allí, preguntamos a Bonnie, y ella nos sorprendió mucho con su relato. Al saber que tú y el fulano veníais hacia aquí, optamos por hacerlo nosotros también. Sospechamos que el tipo no dijo la verdad.

—Estáis en lo cierto —respondió Boyd, mientras Troy le desataba las manos—. El individuo mintió. No es un delincuente en busca de «trabajo», sino un detective privado.

Y sabe muchas cosas que a nosotros no nos conviene que sepa.

—¿Cómo demonios se habrá enterado? —terció Andy.

—Ya nos lo dirá cuando despierte —dijo Troy—. El jefe está muy interesado en saberlo.

—Infiernos, qué cara te ha puesto, Conrad... —rezongó Andy, fijándose en el magullado rostro de Boyd.

Éste escupió una palabrota.

—El detective pega duro, muchachos —dijo para disculparse.

—Eso salta a la vista —repuso Troy, mirando astutamente a Boyd.

Y es que el rostro de Conrad Boyd era todo un poema. Había perdido dos dientes de la fila de arriba y uno de la de abajo. El labio inferior le colgaba como una segunda lengua, mientras el superior, muy hinchado, le elevaba tanto el bigote que casi le tapaba la nariz, a pesar de que ésta parecía una ciruela roja y madura. La ceja derecha tenía forma de colina, y la zurda aparecía descarnada y sin rastro de pelos. El moretón que mostraba en su frente se la cubría prácticamente toda.

Boyd masculló otra blasfemia, molesto por la revisión de que era objeto por parte de sus dos compañeros.

—¿Cómo pudo contigo, Conrad? —Averiguó Troy.

—Me pilló desprevenido. Si no...

—Cuando empecemos a «trabajarle» te dejaremos a ti la mejor parte. ¿Vale, Conrad? —sonrió Andy.

—Será un verdadero placer, amigos —contestó Boyd, regocijándose ya, sólo de pensar en lo que iba a hacer sufrir al detective.

—Llévemolo adentro, Andy —dijo Troy—. El jefe estará impaciente.

Andy se guardó el tubo de plomo y cogió a Lyon Carson por los brazos.

Troy atrapó las piernas del detective.

Mal le fue la cosa.

Lyon movió con increíble celeridad su remo derecho y le clavó la suela del zapato en plena boca al malhechor.

El grito que lanzó Troy fue desgarrador, porque si bien el detective no gastaba un 46 como Conrad Boyd, usaba un 42, que tampoco era poca cosa cuando se trataba de patear una boca.

Andy gritó a dúo con Troy, ya que Carson, revolviéndose como un rayo, le alojó un puñetazo en el vientre y otro en el hígado. El tercero le explotó en la raja bucal.

Boyd se apoderó del tubo de plomo que acababa de caérsele a Andy, y enarbolándolo, se echó encima del detective.

Lyon saltó a un lado y el feroz golpe del matón produjo un surco en la tierra.

El detective le disparó una cox, alcanzándole en la quijada.

Boyd chilló como una rata y escupió una pieza molar.

Lyon no pudo burlar un zurdazo de Andy, que le alcanzó la sien izquierda, haciéndole dar dos pasos hacia el lado opuesto.

Allí le esperaba Troy, el cual le remitió un mazazo al costado derecho.

Carson se encogió.

Andy quiso darle el golpe del conejo.

No le salió bien, porque Lyon embistió contra el estómago del indeseable justamente cuando éste tenía los brazos elevados al máximo.

Los dos se fueron al suelo, pero Andy lo hizo con unas náuseas

incontenibles.

Troy se tiró sobre el detective.

Conrad Boyd, también.

Lyon Carson consiguió dar dos o tres golpes más.

Troy, Andy y Conrad se los devolvieron cuatro a uno como en las apuestas de boxeo.

El detective era un hombre fuerte, pero de carne y hueso.

Para resistir todo lo que le cayó encima hubiese necesitado ser de hierro. O de acero.

Como no lo era, perdió el sentido totalmente al recibir el golpe número trece. Y eso que no era supersticioso...

Los tres matones resollaban como bueyes de carga después de una jornada de intenso trabajo.

Sangraban por varios puntos.

—Demonios, chicos; vaya individuo... —jadeó Troy.

—Ahora comprendemos tu aspecto, Conrad... —dijo Andy, cogiéndose el estómago con ambas manos, porque seguía doliéndole mucho.

—Se me van a derretir los oídos de placer cuando oiga los lamentos que emita el detective —manifestó Boyd, con el bigote empapado de sangre.

Sin más comentarios, los matones cargaron con el cuerpo de Lyon Carson y entraron en la casa, dirigiéndose hacia el despacho del propietario.

—Aquí lo tiene, jefe —dijo Andy, al tiempo que él y Troy dejaban al detective sentado sobre un butacón.

—Lo vuestro os ha costado, ¿eh? —sonrió Ben Russell, observando los desperfectos físicos del trío de matones.

—El está mucho peor que nosotros, jefe —repuso Troy.

—Creo que Conrad es el que se lleva el primer premio en ese sentido —replicó Russell—. Da la impresión de que te han apedreado el rostro, Boyd —añadió, mirando al deteriorado malhechor.

Conrad gruñó una maldición imperceptible.

Ben Russell amplió su sonrisa. Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, delgado, de porte elegante y distinguido, facciones correctas. Se encontraba sentado en un amplio sofá.

Junto a Russell, una mujer de espléndida belleza, luciendo un

costoso vestido de noche y varias joyas nada despreciables. Con todo, la joya más valiosa era ella misma, se la mirase por donde se la mirase.

Y se la podía mirar por muchos sitios, porque el diseñador del atrevidísimo modelo que ella exhibía debía ser un gran amante de las cosas de la Naturaleza, y como buen naturalista, gustaba que todas las maravillas de la misma pudiesen ser admiradas por los seres humanos. En el caso de aquella insuperable pelirroja, lo había conseguido plenamente.

La muy deseable hembra cruzó las piernas sin ninguna precaución, y ¡hala!, todo a la vista, porque los cortes laterales de su vestido casi le llegaban hasta la cintura.

—¿Vas a tardar mucho en solucionar esto, pichoncín? —le susurró la pelirroja a Russell, rodeándole el cuello con sus brazos y pegándose a él como una cinta adhesiva. Por si esto no era suficiente, empezó a morderle la oreja derecha.

—No seas lapa, Diana —protestó Russell, separándose un poco de ella.

—Tú siempre sueles pedirme que me pegue como un sello, cariñín... —ronroneó la mujer, acercándose otra vez a él.

—Pero cuando estamos solos, Diana —replicó Russell, quitándosela nuevamente de encima—. Los muchachos están presentes y no produce buen efecto.

—Está bien, palomito... —aceptó ella, dejándole en paz.

—Olvida esas ridículas expresiones, ¿quieres? —Se molestó él.

—Caray, hijo, estás insoportable esta noche... —Se enfadó también la pelirroja, balanceando las piernas.

Ben Russell dejó de prestarle atención a la mujer y se encaró con sus empleados.

Le irritó en gran manera que los tres tuviesen clavados los ojos en los jugosos muslos de Diana, con destellos delatores de lo que estaban pensando.

—¿Es la primera vez que veis un par de piernas? —se exaltó Ben Russell.

Los tres subordinados respingaron a un tiempo y miraron a su jefe. Diana emitió una risita maliciosa y se descubrió más, si es que ello era posible.

—¿Qué hacemos con este fulano, jefe? —preguntó Andy, para

cambiar de conversación—. Es un detective privado.

—Cuéntame cómo tropezaste con él, Boyd —ordenó Russell—. Hasta el último detalle. Conrad lo hizo.

—Eres un majadero, Boyd.

—Yo...

—Sí, tú —replicó Russell—. De no ocurrírseles a Troy y a Andy pasar por el club Alaska, y preguntar por ti a esa fulana amiga tuya, Bonnie creo que se llama, podíamos estar ahora en una situación harto peligrosa.

—Pero todo ha salido bien, jefe... —repuso, temeroso, Conrad.

—Eso no varía lo impropio de tu comportamiento, mequetrefe. No me gusta que mis hombres suelten la lengua. Ya le he dicho que quiso quemarme con un encendedor... —Pretendió disculparse el matón.

—Ni aunque te hubiese convertido en una antorcha humana. Necesito confiar en mis hombres, Conrad.

—Le juro que no volverá a suceder, jefe.

—Eres un tarugo.

—Sí, jefe.

—Estarás quince días sin percibir un solo centavo.

—Sí, jefe —asintió, cariacontecido, el malhechor.

—Y si vuelves a cometer un fallo semejante, tomaré otras medidas contigo, Conrad.

—Descuide, jefe. No lo cometeré.

—Traedme la documentación del detective y reanimadle —ordenó Ben Russell.

Troy se apoderó de la cartera de Lyon Carson, entregándosela a su jefe.

Andy y Conrad sacudieron al detective, hasta lograr que éste diera señales de vida.

—Conque Lyon Carson, ¿eh? —sonrió con ironía Russell, escrutando la licencia del detective—. He oído hablar de ti, muchacho —agregó, mirándole.

Lyon, con los ojos turbios aún, no respondió.

—Eres un detective bastante popular en Chicago, Carson —añadió Ben Russell—. Lástima que hayas cometido el grave error de husmear en nuestro negocio.

Lyon se recuperaba lentamente, pero de forma positiva.

Dio un vistazo a la estancia, a los tres matones, a Ben Russell, y por supuesto, recreándose en la acción, a la pelirroja que compartía el sofá con el jefe del Sindicato del Mamporro.

Ella agradeció la deferencia con un abaniqueo de pestañas y una sonrisa cargada de atrevimiento. Se sabía una mujer irresistible, y le halagaba mucho que los hombres se lo demostrasen con los ojos o con lo que fuera.

—¿Decía, señor Russell? —habló Lyon, encarándose con él.

—Que eres muy popular en la ciudad —respondió Ben, esbozando una sonrisa burlona—. Eso me agrada. Un bien ganado prestigio nunca viene mal.

—¿Quién te habló del sindicato? ¿Quién te encargó el caso? ¿Quién te dijo que Conrad Boyd pertenecía a él?

—¿Quién es ese portento que apetece más que una cerveza fría en el más caluroso día del año? —preguntó a su vez Lyon, volviendo a enfocar a la pelirroja.

Ella rió puerilmente.

Ben Russell dejó de sonreír y atirantó el rostro.

—Aquí las preguntas las hago yo, Carson —gruñó.

—Y otras cosas también, supongo —siguió deleitándose Lyon con las excelencias de la pelirroja.

—Tu situación no es para tomarla a broma.

—Ella, tampoco.

Ben Russell, exasperado, hizo una seña y Troy dejó caer su maza derecha, golpeando duramente el pómulo izquierdo del detective.

El chasquido sonó seco en el despacho, pero Lyon no se quejó.

La pelirroja soltó un grito, llevándose una mano a los labios.

—Disculpa si no te galanteo más, preciosa, pero ya ves que no me dejan —dijo, sonriente, Carson.

—Esto no puedo soportarlo, Ben... —gimió ella, mordiéndose los labios.

—Pues cierra los ojos o ponte de espaldas —replicó Russell.

—Haz lo primero —dijo Lyon, mirando significativamente a la mujer—. Por muy bien que estés por detrás, no creo que superes lo de delante.

Ella no cerró los ojos ni se movió. Siguió mirando al detective.

—¿Respondes a mis preguntas, Carson? —interrogó duramente Ben Russell.

—No.

—Saldrás perdiendo, muchacho.

—Saldría perdiendo de cualquier forma. Mientras no hable, seguiré con vida, aunque «recibiendo» lo mío. Si hablo, al cementerio. Como es fácil de suponer, me quedo con lo primero.

—Si me dices quién te encargó el caso, y me prometes no entrometerte en nuestros asuntos, te dejaré en libertad, Carson. Sin causarte ningún daño. Palabra de Ben Russell.

—Palabra de sanguijuela —replicó desdeñosamente Lyon—. ¿Cree que me chupo el pulgar todavía?

Ben Russell enrojeció de coraje, mientras endurecía los músculos faciales y miraba al detective de forma furibunda.

Andy elevó un brazo, dispuesto a descargar un puñetazo al rostro de Lyon.

Russell le detuvo con un rápido ademán.

—Aquí, no, muchachos —dijo—. Ya habéis oído que Diana es muy sensible a la violencia.

—Sí... —balbució ella, con las mejillas amarmoladas, mirando con pena al detective.

—Llévalo a una habitación y dadle un «repaso» —ordenó Russell—. Cuando esté dispuesto a hablar, lo traéis de nuevo.

—Mi boca será un cerrojo echado, señor Russell —sonrió Lyon.

—Ya veremos, Carson. Troy, Andy y Conrad saben hacer muchas cosas. Lo comprobarás personalmente.

—Procuraré asimilarlas todas, por si alguna vez le echo las zarpas a ese cuello de saxofón que tiene usted, señor Russell.

—¡Fuera! —bramó el jefe del sindicato, apuntando con un brazo hacia la puerta del despacho.

Troy, Andy y Conrad cogieron a Lyon de forma que lo inutilizaban totalmente.

Fuertemente sujeto, y débil aún por los golpes recibidos anteriormente, Carson no intentó nada, seguro de su fracaso.

Los matones se lo llevaron del despacho.

Ben Russell continuó con el entrecejo fruncido.

La pelirroja pareció olvidarse súbitamente de todo cuanto había presenciado y recuperó su aire de zorra.

—¿Estás disgustado, Ben? —susurró, abrazándose a él.

—¿No se me nota? —Gruñó Russell, sin corresponder al abrazo.

—Subamos al dormitorio y haré cuanto pueda para ponerte de buen humor.

—Subirás con tu abuela.

—¿Qué? —preguntó, extrañada, la mujer.

—Que de subir juntos al dormitorio, ni hablar.

—Pero...

—Lo que oyes —replicó tajantemente Russell—. Pienso acostarme solo y dormir a pierna suelta.

—¿Y yo...?

—Ocupa otra habitación. Las hay de sobra.

—Tengo miedo de acostarme sola, palomito... —Se puso melosa y empezó a besuquearle.

—Y yo de acostarme acompañado, Diana. No olvides que tengo cincuenta y un años y tú aún no has cumplido los veintiséis.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Lo sabes muy bien, Diana. Ya hemos hecho hoy la siesta juntos. Mañana será otro día.

—Me das un gran disgusto, pichoncín...

Ben Russell soltó un improperio de los que sólo se oían en los barrios bajos de Chicago y muy de tarde en tarde.

—Caray, Ben, qué cosas más feas dices...

—¡No quiero que me llames pichoncín, ni palomito, ni gusanito, ni nabos! —exclamó Russell, descargando un patadón contra el suelo —. ¡Voy a terminar con complejo de pájaro!

—Perdona, Ben... Sólo pretendía ser cariñosa contigo. Me pagas bien y me haces muchos regalos. Trato de corresponderte de la mejor forma que sé... —dijo ella, cobrando una expresión compungida.

Russell cambió el gesto adusto por otro sonriente y lleno de bondad.

—Discúlpame tú a mí, Diana. Estoy muy nervioso.

—¿No estás molesto conmigo? —sonrió ella también.

Ben Russell negó con la cabeza.

—Demuéstramelo —pidió la pelirroja, entreabriendo los labios.

El jefe del Sindicato del Mamporro la enlazó entre sus brazos y la besó con vehemencia.

Diana hizo otro tanto.

En esa posición se encontraban cuando Troy, Andy y Conrad entraron en el despacho.

—Sentimos interrumpir, jefe —dijo el primero, sonriendo con astucia.

Russell se separó bruscamente de Diana y carraspeó nerviosamente. —¿Qué ocurre? ¿El detective está dispuesto a hablar? —preguntó, muy serio.

—No, jefe —respondió Andy.

—¡No le habréis matado! —Alzó la voz Ben Russell.

—Claro que no, jefe —le tranquilizó Conrad Boyd—. Sucede que se ha desmayado al recibir los primeros «pases». Como ya había recibido jarabe de puño en abundancia, no ha podido resistirlo. Creemos que hasta mañana no despertará. Resulta inútil torturarlo si no puede sentir el dolor.

La pelirroja volvió a ponerse pálida.

Russell cabeceó afirmativamente.

—Está bien, muchachos. Mañana continuaréis con Lyon Carson.

—¿Nos quedamos aquí esta noche? —indagó Andy.

—Naturalmente. Y que uno de vosotros vigile permanentemente la habitación del detective. Arriba hay camas disponibles para los otros dos.

—Carson no puede escapar, jefe —dijo Troy—. Está amarrado fuertemente a la cama y la habitación está cerrada con llave.

—Me sentiré más tranquilo si uno de vosotros custodia esa habitación.

—Como quiera, jefe.

Los tres sujetos abandonaron la estancia.

—¿Seguimos, Ben? —preguntó la pelirroja, abriendo los brazos.

—No, Diana —respondió Russell, levantándose del sofá—. Dejémoslo para mañana, ¿eh?

Ella hizo un mohín de enfado, pero contestó sumisa:

—Sí, Ben.

—Buenas noches, Diana.

La pelirroja correspondió con mi gesto triste.

Ben Russell salió del despacho.

Ella esperó unos minutos y luego hizo lo mismo. Cruzó un corredor y pasó a un espacioso salón.

En él, acomodado en un butacón, se encontraba Troy, ojeando una revista.

—Hola, Troy —saludó amablemente ella, aproximándose al matón

—. ¿A ti te ha correspondido hacer de centinela?

—Sí, ya ves. Lo hemos echado a suertes y pagué yo el pato.

—¿Dónde tenéis al detective?

—En esa habitación —dijo, señalando una puerta que tenía a su izquierda.

—¿Puedo entrar a verle?

—¿Para qué? Está inconsciente y no muy presentable. Podrías impresionarte. —No dormiré a gusto si no le doy una ojeada antes

—. El jefe podría molestarse... —dudó Troy.

—No se lo diré, no te preocupes —sonrió Diana, hechiceramente—. Será un secreto entre tú y yo. Hazme este favor y yo puedo que te haga otros —le miró con descaro y le guiñó un ojo.

El malhechor notó que se le secaba la garganta por momentos.

Miró ansioso a la pelirroja y autorizó:

—Está bien, Diana. Pero no tardes demasiado.

—Gracias, Troy. Eres un buen chico.

Diana caminó hacia la puerta, sacudiendo las caderas.

A Troy se le cayó la revista al suelo, mientras él abría la boca, abría los ojos y abría el maletín de sus sucios pensamientos.

La mujer hizo girar la llave y luego abrió la puerta.

Antes de penetrar en la habitación en que estaba encerrado Lyon Carson, le dedicó una sonrisa significativa a Troy.

El forajido se mojó los resacos labios con un lengüetazo y desnudó con la mirada a la pelirroja.

Diana desapareció en el interior de la estancia y cerró la puerta.

CAPÍTULO VII

La luz de la habitación permanecía encendida.

A Diana se le encogió el estómago y empezó a sentirse mal, mientras por tercera vez en pocos minutos huía el color de sus mejillas.

Y eso que Troy la había prevenido.

Cerró los ojos unos instantes, y luego, con pasos vacilantes, haciendo de tripas corazón, se acercó a la cama y contempló más detenidamente al detective.

Éste, atado a la cama, con las piernas abiertas y los brazos en cruz, permanecía sin sentido. Sangraba por las orejas, por la nariz y por la boca, amén de las muchas contusiones que tenía en el pecho, en los brazos y en las piernas.

Sólo conservaba puestos los *slips*.

El resto de su indumentaria estaba tirada sobre un sillón.

La pelirroja hizo un supremo esfuerzo para no desmayarse.

Descubrió un jarro de agua sobre la mesilla de noche.

Sin dudarle mucho, se metió la mano entre los senos y sacó un pañuelo. Lo empapó de agua, empezando a pasarlo con gran cuidado por el rostro de Lyon Carson.

El detective, que parecía no darse cuenta de nada, abrió de pronto los ojos y sonrió con sus hinchados labios a la mujer.

—Gracias, preciosa. Si tengo oportunidad, sabré demostrarte mi agradecimiento.

—¡Oh! —exclamó ahogadamente ella, con un gesto de estupefacción—. Creí que estaba inconsciente...

—Lo estaba, efectivamente. Pero el frescor del agua me volvió a la realidad. No lo demostré hasta cerciorarme de quién era la persona que me bañaba el rostro.

—No alce la voz. Troy está ahí fuera, de guardia. Si descubre que está usted despierto, avisará a los otros y volverán a golpearle.

—Gracias también por el aviso.

—Le han hecho mucho daño, ¿verdad?

—Sinceramente, no. Temí que fuese mucho peor. Pero, desde luego,

no ha sido un buen rato, no... —suspiró Lyon, con un leve gesto de dolor.

—He oído decir que mañana seguirán castigándole... —dijo, apenada, la pelirroja.

—Sí, ya lo suponía. Troy ha prometido sacarme el hígado y hacer albóndigas con él. Andy quiere cambiarme los riñones de lado, y Conrad Boyd, el más animal de los tres, tiene la idea de perforarme el vientre y contarme las tripas, para ver si me falta alguna. Son así de bondadosos.

—No diga esas cosas o me caigo en redondo —gimió ella, haciéndose aire con las manos para evitar el desmayo.

Lyon la miró a los ojos.

—Tú no eres como ellos. ¿Por qué perteneces a la organización?

—No pertenezco a ninguna organización —repuso Diana—. Sólo a Ben Russell. El me conoció en un club nocturno y me propuso pasar una temporada con él, a cambio de ser generoso conmigo. Yo acepté y Ben Russell cumple su palabra. Me paga espléndidamente y sus regalos son muy valiosos. Es la única relación que tengo con el Sindicato del Mamporro. Sé lo que ellos hacen, pero como yo no lo veo, no me importa. Sin embargo, hoy... sí lo he visto. Y puedo jurarle que estoy muy impresionada.

—Se nota.

—No voy a poder dormir sabiendo que usted está aquí, esperando ser torturado de nuevo para obligarle a hablar. Es demasiado horroroso...

—Y luego piensan matarme.

—¿Está... seguro? —balbució Diana.

—Segurísimo. Sé demasiado para que ellos se sientan tranquilos. Me sacudirán hasta que hable; luego, al hoyo. Son gente sin escrúpulos. Sabiendo a lo que se dedican, ya debes tú suponértelo.

La pelirroja bajó la mirada y apretujó el pañuelito entre sus dedos.

—Si pudiese ayudarle...

—Puedes —repuso rápido Lyon, viendo en la mujer su única posibilidad de salvación.

Estaba consciente de que sin su ayuda se vería condenado a sufrir lo indecible y a morir. Atado, débil, en la guarida del Sindicato del Mamporro, no podía ni siquiera soñar en la posibilidad de huir. Pero si Diana...

—¿Ha dicho que puedo? —inquirió ella, alzando la mirada y posándola sobre los ojos del detective.

—Naturalmente. Sólo tienes que soltar estas malditas cuerdas. Lo demás corre de mi cuenta.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no es posible, señor Carson —repuso, débilmente—, porque Ben Russell me mataría...

—Huye conmigo de esta casa y escóndete en algún lugar de la ciudad donde ellos no puedan localizarte. Dentro de pocos días, el Sindicato del Mamporro habrá dejado de existir, te lo juro. Todos irán a prisión por un montón de años. Ninguno de ellos podrá causarte el menor daño.

—Usted no podrá lograr lo que dice...

—Estoy seguro de que sí. Ya conozco personalmente a la organización. Sé con quiénes me enfrento y cómo he de combatirles para alcanzar el triunfo final. Suéltame, Diana, y verás cómo mis palabras se cumplen una por una.

—No puedo, señor Carson... Me gustaría, pero no puedo...

—En tal caso, sólo queda resignarme a mi suerte. Y vaya suerte...

—añadió Lyon, abatido.

—Yo...

—Troy hará al fin albóndigas con mi hígado...

—¡Oh! —Hizo una mueca Diana, con los ojos dilatados.

—Y Andy me pondrá el riñón derecho en el lado izquierdo y viceversa...

—¡Oh, oh, oh...! —gimió la pelirroja, que ya no podía más.

—Y Conrad Boyd...

—¡No lo diga! —farfulló quedamente ella—. Lo de las tripas...

—Sí...

—Espantoso...

Lyon Carson suspiró resignadamente y continuó:

—En fin, qué le vamos a hacer... Tú tienes miedo de ayudarme. Que esos bestias me trocen y me conviertan en lonchas humanas parece algo inevitable.

Diana tenía el rostro desencajado, temblaba de forma alarmante, y el pañuelo que retorció entre sus manos estaba hecho jirones.

Lyon siguió remachando en caliente, para conseguir lo que pretendía: que la pelirroja le ayudase.

—Dios quiera que cuando decidan matarme, utilicen una bala. Aunque me temo que...

—¡Cállese! —suplicó Diana, con voz débil.

—Troy habló de una sierra eléctrica. Como si fuera a cortar el hueso de un jamón...

—¡Ay...!

—Y Andy, de un taladrador, igualmente eléctrico. Puede que quiera llenarme de agujeros, como si fuese un queso de buena calidad...

—¡Oh, no...!

—El arma favorita de Conrad Boyd es el martillo pilón. Me dejará más plano que una lápida.

—¡No, no y mil veces no! —lloriqueó Diana, al borde de la desesperación.

—No llores por mí —rogó con tristeza Lyon—. Al fin y al cabo, soy un simple detective privado. No se perderá mucho...

—No, señor Carson; nadie le torturará más ni le matará —repuso ella, con gran decisión.

—¿Qué quieres decir...? —Pareció sorprenderse él, aunque ya estaba seguro de haber logrado convencer a la pelirroja.

—Le desataré y huiremos de aquí.

—¿De veras?

—Y va a ser ahora mismo, señor Carson —añadió ella, escondiéndose el desmochado pañuelo en el escote.

Lyon se dijo que igualmente podría esconder una mantelería para doce personas, entre el portentoso busto, sin que asomase la insignificante punta de una servilleta.

La pelirroja empezó a desatarle las cuerdas de los brazos.

—Eres un ángel, Diana.

—No ofenda a los ángeles, señor Carson —sonrió ella, más animada.

—Eres mi madre.

—También me suena a barbaridad —repuso, divertida.

—Bueno, entonces te diré que estás como un autobús de dos pisos.

—Eso ya va más con la realidad —convino pícaramente.

Lyon, que ya podía utilizar los brazos, se acercó a la pelirroja y la atrajo hacia sí.

—Veamos cómo besa un autobús de dos pisos —propuso.

—Así —contestó ella, dándole un beso increíble.

Lyon lanzó un silbido admirativo, pero muy silencioso.

—¿Qué tal, señor Carson?

—Sensacional, Diana. Tú besas una barra de plomo y la conviertes en perdigones.

Ella tuvo que taparse la boca para no soltar una carcajada.

—Vayamos con las piernas —dijo a continuación, empezando a desatárselas.

—Vayamos —dijo él, acariciando las de la pelirroja.

Ella gimió y protestó dulcemente:

—Si no se está quieto, no saldremos nunca de aquí.

—Estar quieto a tu lado es más difícil que hacer andar a un muerto en el cincuentenario de su defunción.

Diana rió quedamente y siguió soportando complacida las caricias de Lyon Carson.

Cuando el detective tuvo las piernas libres, saltó de la cama y dio unos pasos trastabillantes.

—Estoy como para enfrentarme a Ringo Bonavena en un combate a treinta y dos asaltos y resultar vencedor a los puntos.

—Qué buen humor el suyo... —rió Diana.

—Qué anatomía la tuya... —repuso Lyon, abrazándose a la pelirroja.

—Vístase deprisa, señor Carson —rogó ella, después de que el detective la besara un trío de veces.

—En seguida. Tú con traje de noche y yo en calzoncillos no resulta, ¿eh?

—Déjese de bromas y piense en cómo vamos a desembarazarnos de Troy.

—¿Está armado? —inquirió Lyon, mientras se ponía las ropas—. Sí.

—Bueno, aunque no lo estuviera, no creo que pudiera cargármelo a puñetazos. Estoy demasiado apaleado.

—Yo le ayudaré.

—¿Cómo?

—Saldré ahora y trataré de engatusar a Troy.

—Lo conseguirás en una fracción de segundo.

—Qué galante —sonrió ella, con malicia.

—Qué tremenda... —replicó él, midiéndola de pies a cabeza.

—¿Sigo con el plan?

—Desde luego.

—Cuando Troy me esté abrazando y besando, usted sale de aquí sigilosamente y le atiza duro en la cabeza.

—Necesitaré algo para hacerle crujir el occipital —dijo Lyon, revisando la habitación con la mirada. Descubrió un cenicero de bronce, bastante pesado, y se apoderó de él—. Esto me servirá —añadió, mostrándoselo a la pelirroja.

—¿Puedo salir ya?

—Adelante, Diana. No podemos fallar.

Ella hizo un gesto afirmativo y salió de la estancia.

Troy se fijó al instante en la pelirroja.

Ésta hizo como que cerraba la puerta con llave y luego caminó hacia el matón, moviéndose como una joven pantera.

El malhechor se tuvo que esforzar para tragar saliva y siguió mirándola con ojos brillantes de deseo.

—Has tardado, Diana —dijo, con voz de trombón.

—El pobre detective está hecho un asco.

—Ya te lo advertí. No debiste entrar.

—Bueno, ahora ya estoy más tranquila sabiendo que no ha muerto

—dijo ella, sentándose en un diván. Cruzó las piernas como sabía cruzarlas.

Troy empezó a congestionarse y a respirar con más fuerza.

—¿No te acuestas, Diana? —inquirió, cada vez con tono más ronco.

—¿Para qué? Ben Russell no quiere nada de mí esta noche. Dice que está muy cansado.

—Ya... —Se hizo cargo el indeseable.

—¿Por qué no te sientas a mi lado, Troy?

—Si tú quieres... —respondió él, levantándose del butacón y caminando hacia el diván.

Antes de que Troy llegara, Diana se acostó cuan larga era en el cómodo mueble.

—Así no hay sitio para mí —dijo él, mirándola encendido.

Ella sonrió con atrevimiento.

—Te dije que te devolvería el favor, Troy... ¿Quieres cobrártelo ahora?

—¿Y si el jefe...?

—No lo sabrá nunca, Troy —le cortó la pelirroja—. Te lo prometo.

El matón se arrodilló junto al diván y le echó las zarpas encima, con

muy poca delicadeza.

—Eres muy hermosa, Diana...

—Bésame, Troy. Muy fuerte.

El lo hizo, de forma exagerada, incluso brutal.

Diana no puso objeciones y Troy siguió aprovechándose de la situación.

En ese estado le llegó el trancazo.

El cenicero de bronce, manejado por Carson, cayó sobre su cabeza de forma contundente e impresionante, durmiéndolo en el acto.

Quedó en el suelo, boca arriba.

Lyon se apoderó de la pistola de Troy y la mantuvo en la diestra.

—Salgamos a toda prisa, Diana.

—Sí —asintió ella, levantándose del diván.

—¿Sabes dónde está el mecanismo que mueve la verja?

—Sí, pero no creo que sea conveniente utilizarlo. La verja, cuando se abre o cierra, produce cierto ruido y podrían descubrirnos.

—En ese caso, saltaremos el muro. ¿Podrás, Diana?

—Ya lo creo. A los dieciséis años fui campeona de salto de altura en la Universidad de Chicago, y un año después logré el récord del estado de Illinois. ¿Qué le parece?

—Formidable, como todo lo tuyo.

—Gracias, muy amable... —sonrió, agradecida.

—Corramos hacia el muro.

Sin causar el más leve ruido, llegaron hasta él.

—Salta, Diana.

—Eléveme un poco, señor Carson, porque supongo que al otro lado no me esperará una colchoneta...

—El duro y llano suelo —respondió él, alzándola por los muslos.

La pelirroja se agarró a lo alto del muro y se apoyó con una pierna.

Lo demás le resultó sencillo.

Lyon también saltó a la otra parte, aunque con algunas dificultades por su actual estado físico.

—Tengo el coche cerca —aclaró a la mujer.

Los dos corrieron velozmente.

Alcanzaron el «Mustang» y salieron disparados del lugar.

—¿Dónde quieres que te lleve, Diana?

Ella pareció extrañarse.

—Había supuesto que a tu casa... —respondió, tuteando al

detective por primera vez.

—No va a poder ser.

—¿Estás... casado?

—¿Quién, yo? ¡Ja! —exclamó Lyon.

—¿Entonces...? —Acercó su cadera a la de él y le pasó un brazo por el cuello.

—Tengo un apartamento comodísimo, Diana, y con gusto te llevaría. Pero ni siquiera yo puedo aparecer de momento por él. Los del sindicato tienen mis documentos, saben quién soy y dónde vivo. Sería suicida ir allí. No lo haré hasta que solucione este asunto.

—Comprendo —se estrechó más al detective.

—¿No tienes algún lugar seguro donde esconderte?

—¿Por qué no alquilamos una habitación en alguna pensión poco conocida? —empezó a morderle el lóbulo derecho—. Así estaríamos juntos...

—¿Más que ahora? —ironizó Lyon.

—Mucho más —respondió la pelirroja, sin dejar de hacerle carantoñas a Carson.

—No me pongas nervioso, Diana, o nos la pegamos. No sé conducir soldado a una chica bonita.

—¿Qué hay de la pensión? —recordó, haciendo caso omiso a la advertencia de él.

—Olvidalo. Tendría que dejarte sola en ella para continuar con el caso, y eso no me agradaría, porque los del Sindicato del Mamporro revolverán la ciudad tan pronto como se den cuenta de nuestra fuga. Necesitas un lugar seguro.

Diana se separó de Carson con una expresión triste y dijo:

—Llévame al 126 de Gren Street. Allí vive una buena amiga mía. Hace un par de años compartimos el mismo apartamento.

—De acuerdo.

—¿Dónde irás tú, Lyon?

—Buscaré también un escondite. Algún amigo me cederá una cama. Diana guardó silencio.

Lyon siguió conduciendo hasta llegar a la dirección indicada por la pelirroja.

Detuvo el vehículo.

—¿Volveremos a vemos, Lyon? —inquirió ella, mirándole a los ojos.

—Seguro, Diana. Cuando acabe con los del sindicato te buscaré y

tomaremos más copas juntos.

—¿Y me llevarás a tu apartamento?

—Probablemente.

—Tengo la impresión de que no será así, Lyon...

El detective se aproximó a ella y la besó en los labios.

—Te has portado magníficamente conmigo, Diana. Cuando volvamos a encontrarnos, me sentiré muy contento.

Ella le rodeó el cuello y le ofreció otra vez su boca.

Lyon, que ya no necesitaba prestar atención a la carretera, se la aceptó, claro.

No te olvidaré, Lyon.

—Ni yo a ti, Diana.

—Buena suerte —le deseó ella, después de darle un tercer y anhelante beso. Luego bajó del coche y se introdujo en el portal, perdiéndose de vista.

Lyon pisó el acelerador y se alejó de allí.

Ya sabía dónde iba a esconderse: en el apartamento de Cathy Grahame, la profesora de judo.

Por la mañana se había preocupado de buscar su dirección en la guía telefónica. Podía ser el mejor lugar para descansar.

O el peor.

Dependía de tantas cosas...

Pero de una cosa sí estaba convencido: tenía muchas ganas de volver a ver a la atractiva rubia.

¡Vaya si las tenía!

CAPÍTULO VIII

Presionó el timbre con la yema del pulgar derecho. Esperó.

Mientras tanto, consultó su reloj: las once y media.

Buena hora para contemplar a la judoka.

Las veinticuatro del día eran buenas para eso.

Uno se ponía a mirar cosas en Cathy Grahame y nunca se cansaba.

Y menos aún, si aparecía como en aquella ocasión: *minishorts* supercortos, superceñidos y supertentadores; y una blusa de finísimo y transparente tejido, desabrochada y anudada a la cintura, aunque cierta prenda íntima impedía ver lo que, en honor a la decencia, no se podía enseñar así como así.

Iba descalza.

Mejor. Si decidía darle una patada, no le causaría tanto daño.

Y es que Lyon Carson, aquella noche, estaba ya para muy pocas patadas.

—Buenas noches, señorita Grahame —saludó el detective, luciendo su más amable sonrisa y empleando el más suave de sus tonos.

Por lo que vino después, dedujo que no le habían servido de nada.

La rubia pegó un salto y cobró una de las más peligrosas posturas que el judo enseñaba.

Peligrosas para el rival, claro, si es que ella se decidía a realizar lo que venía después de tan espectacular posición.

Lyon pensó que sí, que iba a realizarlo, y temió por su integridad física.

Dio un brinco hacia atrás, con expresión asustada, y exclamó:

—¡Quieta, señorita Grahame!... ¿No ve cómo me han puesto ya?

Ella, sin abandonar su pose de ataque demoledor, le miró con ojos chisporreantes de rabia y casi chilló:

—¡Lyon Carson: despídase del mundo de los vivos!

—¡Ay, mi madre! —gritó él, retrocediendo otro poco.

—¡Muerte para Lyon Carson! —Puso hasta cara de japonesa.

—¡Espere!... —imploró el detective—. Puede que me muera sin que usted me roce siquiera, de veras. Míreme bien la cara. Y si no le basta, me quitaré la ropa y le enseñaré los cardenales que, como si

fueran a realizar un cónclave secreto, han abarrotado mi cuerpo, dejándolo más negro que una noche sin luna.

Cathy le observó más detenidamente.

—Tiene usted el rostro muy deteriorado... —dijo.

—¿Verdad que sí? —repuso Lyon, haciendo una mueca.

—Los labios muy hinchados...

—Más que si me hubiese comido seis bocadillos de avispas vivas.

—La nariz...

—Parece una alcachofa —reconoció él.

—Y las orejas...

—Dos coliflores buenas para cosechar, señorita Grahame.

—¡Maquillaje! —exclamó de pronto ella, dando otro salto y cobrando una nueva posición, tan amenazante como la primera.

—¿Cómo...?

—¡Se ha pintado las heridas y las contusiones para impresionarme!

—¿Qu... é?

—¡Es otro de sus engaños!

—Por todos los cielos, señorita Grahame... ¿Cómo iba yo a hacer semejante cosa?

—¡Le creo muy capaz!

—Pues esta vez se equivoca. No es ninguna treta. Me han pegado, me han torturado... Si estoy vivo aún es por puro milagro. Le confieso que pocas veces, por no decir ninguna, me había visto tan perdido como esta noche.

—¿Tropezó con el Sindicato del Mamporro?

—¿Tropezar dice usted...? —sonrió, sin ganas—. Digamos más bien que me estrellé contra él. Puedo demostrarle que lo de Mamporro está plenamente justificado. Sacuden que es un gusto. ¡Y de qué manera...! —añadió, cogiéndose los riñones y esbozando un gesto de dolor.

Cathy dio la impresión de que empezaba a creerle.

Dejó su posición de judo y cobró otra normal y pacífica, aunque su semblante continuó serio, demostrando cierta desconfianza aún.

—¿Por qué ha venido a mi apartamento? —preguntó.

—En primer lugar, para ponerla al corriente de todo cuanto he descubierto, que no es poco. Y en segundo, porque no tengo adónde ir. Los del sindicato saben quién soy y conocen mi domicilio. Tengo que esconderme en algún lugar hasta que me reponga y recupere las

fuerzas. Después, volveré a enfrentarme con ellos, y entonces verán que yo también sé actuar a lo bestia cuando me lo propongo.

—No puedo esconderle en mi apartamento.

—¿Por qué?

—Porque vivo sola.

—Le prometo mantenerme a distancia, no tema.

La rubia sonrió apáticamente y replicó:

—No le temo físicamente, señor Carson. Ya vio que sé defenderme de quien sea.

—Sí, sí; ya lo vi. ¿Cuál es el motivo, pues?

—Mi reputación.

—Nadie sabrá que he pasado una noche en su apartamento.

—Eso no se puede garantizar.

—Debe arriesgarse, señorita Grahame.

—¿Que debo arriesgarme...? —Se engalló Cathy—. ¿Quién es usted para decirme lo que debo o no debo hacer?

—La persona que, por unos pocos dólares, aún no sé cuántos, se ha ofrecido a prestarle un servicio, peliagudo como pocos. Me he jugado la vida por aceptar su caso y estoy dispuesto a seguir jugándomela, sin importarme el que pueda perderla. Creo que merezco un poco de comprensión por su parte, señorita Grahame.

La réplica del detective hizo que la rubia alterara el ritmo de la respiración, cosa que alegró la vista de Lyon.

—¿Por qué no ha ido a esconderse en el apartamento de alguna de sus ganosas amigas? —inquirió duramente Cathy.

—Usted lo ha dicho: porque son ganosas —sonrió Lyon.

—Le recibirían con los brazos abiertos —añadió, con desdén, la rubia.

—Precisamente huyo de eso. Le repito que lo único que deseo y necesito es descansar con tranquilidad, dormir como un leño, no ser molestado por nadie. Aquí puedo encontrar todo eso, porque usted no simpatiza conmigo y no me pedirá nada a cambio de su hospitalidad.

—¡Desde luego que no! —exclamó Cathy.

—Pues no se hable más. Déjeme entrar, présteme una cama o un sofá, y antes de darle las buenas noches ya me habré dormido como un angelito. Mañana, cuando anochezca, si me encuentro en condiciones, me largaré sin que sus vecinos me vean. Su reputación

quedará a salvo, palabra.

Cathy Grahame entrecerró un ojo y siguió mirando al detective, pero no dijo nada.

—¿Qué decide, señorita Grahame? ¿Puedo o no puedo entrar? Resuélvalo pronto porque ya apenas logro sostenerme en pie... — agregó Lyon, dando la impresión de que empezaba a marearse.

Esto acabó de decidir a la profesora de judo.

—Entre —autorizó con sequedad, dejándole el paso libre.

—Gracias, señorita Grahame —dijo él, avanzando un poco con pasos tambaleantes—. ¿Puedo apoyarme en su hombro? — preguntó, cuando llegó junto a ella.

—¡Se apoyará en su tía! —exclamó Cathy, apartándose de Lyon.

—Mi pobre tía está en el cielo... —suspiró él.

—Claro, como su pobre madre. ¿También se cayó de un decimosexto piso? —inquirió, irónica.

—No se mofe de las desgracias ajenas —respondió Lyon, muy serio.

—¡Pues no diga más embustes!

—Le aseguro que lo de mi madre es cierto. Y a mi tía se la comió un caníbal...

—¡Adentro! —ordenó Cathy, alargando el brazo.

Lyon entró en el acogedor salón y enseguida ocupó un largo sofá, dejándose caer materialmente.

Lanzó un suspiro hondo.

La rubia se sentó en un sillón próximo al sofá.

—Hace calor, ¿eh? —dijo Lyon, estudiando el fresco atuendo de ella.

—En mi casa voy como me apetece.

—Muy lógico.

—Cuando voy a bañarme a una playa uso bikini y enseño mucho más, como miles y miles de mujeres. No sé por qué se extraña de verme ahora así.

—Yo sólo dije que hace calor... —carraspeó Lyon, temeroso de que la rubia se enojase y la emprendiera a golpes con él.

—¿Qué ha descubierto?

—¿Sobre qué? —preguntó Lyon, que seguía mirándola entusiasmado, pero tratando de no evidenciarlo.

—Sobre lo del Sindicato del Mamporro, naturalmente.

Casi todo.

—Cuénteme.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana? —rogó él—. Estoy que me caigo de agotamiento.

—Siento curiosidad por saberlo.

—En fin... —dijo, resignado, el detective—. Gracias a la información de un confidente logré cazar a un sujeto que trabaja para el sindicato. Le obligué a que me llevara a la villa que habita el tipo que da las órdenes, pero allí me sorprendieron y me capturaron. Conozco ya al jefe y a tres de sus hombres, aunque sé también que hay otros tres.

—¿Sólo un jefe y seis subordinados? —preguntó, algo sorprendida, Cathy—. Parece poca gente para todo un sindicato...

—Según se mire. Para sacudir mamporros, se bastan y se sobran. Los tres que conozco son torres humanas, con músculos de luchadores de grecorromana. Apuesto a que los otros tres no les andan a la zaga en ese aspecto. El único que no tiene media bofetada es el jefe.

—¿Cómo consiguió escapar?

—Un milagro como un edificio de grande.

—Explíquese.

—Me dieron tal zurra cuando me cazaron que apenas podía moverme. Cuando me reanimaron, quisieron que les revelase el nombre de la persona que me había encargado el caso, o sea, usted.

—¿Lo hizo? —No pudo disimular un gesto de temor.

—Desde luego que no, señorita Grahame. De haberlo hecho, yo ya estaría muerto, usted también, y, casi seguro, su hermana Christie, Clark Stringer y la pequeña Daisy.

Los ojos de Cathy tuvieron un destello de admiración.

—Su negativa le deportaría nuevos golpes, ¿verdad? —preguntó.

—No sé equivoca, no... Me llevaron a una habitación y me ataron a la cama, casi desnudo. Allí me hicieron de todo menos cosquillas. Hasta que me desmayé. La rubia contrajo el rostro sin poderlo evitar y musitó:

—Horroroso...

—Sí lo fue, señorita Grahame. Uno de los peores momentos de mi vida.

—¿Cómo pudo librarse de tan difícil situación? —se interesó Cathy.

—El milagro. Ahí se produjo el milagro.

—¿Qué clase de milagro?

—Cuando recobré el conocimiento, una mujer me estaba lavando las heridas del rostro.

—¿Una mujer? —Torció el gesto la profesora de judo.

—Sí.

—¿Joven?

—Unos veinticinco aparentaba.

—¿Bonita?

—Más que eso: arrolladoramente hermosa.

—¿Bien formada? —Cathy preguntaba ya casi sin darse cuenta, impulsada por una curiosidad extraña.

—Increíblemente bien formada. Cuando le pregunté el secreto de su perfección, me respondió que su madre era escultora y su padre arquitecto. Así salió ella...

—Creí que estábamos hablando en serio —reprochó ella, frunciendo el ceño.

—Disculpe si me pasé, pero...

—¿Quién era esa mujer? —le interrumpió Cathy.

—La amiga del jefe del sindicato.

—¿Ella le soltó?

—Sí.

—¿Por qué?

—Aunque a usted le parezca raro, le caí simpático.

—Vaya.

—Es que el jefe del sindicato anda por los cincuenta, ¿sabe?

—Ya. Como usted aún no ha llegado a los treinta, ella decidió cambiar de pareja.

—No exactamente. Sucedió que ella no resiste la violencia, y al saber que iban a seguir torturándome, para matarme después, decidió liberarme y abandonar al jefe del sindicato.

—No creo que le librara de la muerte sólo porque sí.

—Pues es la verdad, señorita Grahame. Lo hizo porque no tiene malos sentimientos.

Aunque...

—¿Qué? —interrogó Cathy, viendo que él no completaba la frase.

—Mi modestia me impide continuar... —Se hizo el remolón.

—No sea cínico —espetó ella.

—Bueno, la mujer quiso demostrarme que no es fácil pillar un

resfriado a su lado.

—¿Y usted?

—Me negué con delicadeza. Le prometí buscarla en alguna ocasión, pero sin intención de hacerlo.

—¿Se ha vuelto usted decente? —sonrió, irónica.

—Piense lo que quiera. Pero la verdad es que se cansa, se harta uno de esta cochina vida de soltero. El matrimonio es mejor.

—Eso se merece una carcajada por mi parte, pero no siento deseos de reír.

—Ya sé que no me cree, pero tampoco me importa mucho. Cuando encuentre una mujer honrada y deseosa de formar un hogar, me casaré con ella y santas pascuas.

—Usted no se casará nunca.

—Ya verá como sí. Sería el colmo de la desgracia que todas las mujeres solteras de Chicago pensasen como usted. Quiero decir que tengan tan mala opinión de mí. Alguna habrá que vea buenas cualidades, aunque sean pocas, en mi modesta persona.

—No le va esa actitud humilde. Huele a falsa.

—¡Huele a cuernos! —exclamó, enojado, Lyon.

—Modere las expresiones o le tiro de cabeza a la calle.

—¡Pues deje de insultarme! Si para usted no valgo nada, es igual. Después de todo, no le he pedido que se case conmigo, ¿verdad?

—Ni se le ocurra.

—¡Puede estar tranquila!... ¡Tendría que perder la razón para cometer una locura tan descomunal!

Cathy se puso como la grana y saltó del sillón.

—¿Le parece una locura que alguien se case conmigo? —chilló, encolerizada.

—¡Como un castillo de grande!

—¡Mira quién lo dice...! —gritó, poniéndose las manos en las caderas.

—¡Yo tengo muchos defectos, pero me los reconozco! Usted, sin embargo, tiene tantos como yo y se cree que no posee ninguno. ¡Es una orgullosa!

—¿A que le descompongo el esqueleto? —amenazó Cathy, avanzando hacia el detective.

—¡Ya estamos! —Gruñó Lyon—. ¡Siempre presumiendo de sus conocimientos de judo!

—¡Sabe que puedo pulverizarlo en pocos segundos!

—¡Sí, lo sé!

—¡Y desmontarlo pieza por pieza!

—¡También!

—¡Estoy tentada de hacerlo!

—¡Pues no se quede con las ganas!... —aulló Lyon—. ¡Esta vez no encontraría ninguna resistencia!

Cathy Grahame, muy cerca ya del detective, alargó los brazos con intención de cogerlo y lanzarlo por los aires.

Lyon no movió un solo músculo de su cuerpo.

La rubia apenas le rozó, pero no se decidía a atraparlo y tirar de él.

—¿A qué espera? —rugió Lyon—. ¿Quiere que le diga qué pared prefiero para estrellarme contra ella? ¡Cualquiera!

Cathy apretó los labios, giró sobre sus talones y corrió hacia una habitación, encerrándose en ella.

Lyon, mascullando imprecaciones, se quitó la chaqueta, los zapatos, y luego se estiró en el sofá, sintiendo que se le nublabla la vista.

Su cansancio era demasiado para soportarlo despierto.

Antes de medio minuto, se había dormido profundamente.

Por eso, cuando un rato después, la rubia entreabría la puerta de su dormitorio, no la vio ni la oyó.

Cathy, con movimientos cautelosos, se aproximó al sofá.

Miró al detective.

Lyon Carson roncaba.

A ella le pareció un sueño falso y dijo:

—Sé que está despertó. Abra los ojos y escúcheme. Tengo que decirle algo.

Lyon continuó roncando.

—Le conozco demasiado bien y sé que está fingiendo. Hágame caso o lo envío contra el techo.

Carson siguió interpretando la «sinfonía del ronquido» en fa sostenido.

Ella empezó a creer que el detective dormía de veras.

Se inclinó sobre él y le palmeó las mejillas.

—Eh, señor Carson, ¿no me oye?

Lyon dio claros síntomas de que no.

Cathy tuvo una idea, que llevándola a la práctica le revelaría sin ningún género de dudas si Lyon Carson estaba o no estaba

realmente dialogando con Morfeo.

Aproximó su boca a la de él y le besó, recreándose en la caricia.

Los labios del detective siguieron inmóviles.

También sus manos.

La rubia dejó de besarle y sonrió, totalmente convencida de que él estaba dormido.

Sólo así podía explicarse que Lyon Carson no la hubiera abrazado y besado con fervor, porque él era de los que no desaprovechaban la mínima oportunidad.

Cathy se acarició la barbilla y miró a Lyon, sin dejar de sonreír.

Durante casi cinco minutos no hizo otra cosa, mientras su mente cavilaba incansablemente, preguntándose y respondiéndose cosas.

Finalmente, cruzó los brazos y susurró:

—¿Por qué me habrá correspondido a mí, precisamente a mí, enamorarme de un mujeriego, un conquistador, un bribón, un truhan, un...? —interrumpió los calificativos y sonrió más ampliamente—. Bueno, pues a pesar de todo eso, te quiero, Lyon... Aunque sólo pueda decírtelo ahora que estás dormido y no puedes enterarte. De nada puedes enterarte, Lyon... —Y volvió a besarle con delicadeza, mientras sus cálidas manos le acariciaban las contusionadas mejillas.

CAPÍTULO IX

Tras despedirse de Lyon Carson e introducirse en el 126 de Green Street, Diana utilizó el ascensor para alcanzar la cuarta planta. Pulsó el timbre de una de las puertas que había en el largo corredor. Treinta segundos después abría una mujer, enfundada en una vistosa bata. Podía tener unos veinticuatro años. Era de acusadas formas y poseía un rostro atractivo. Tenía el pelo negro.

—Hola, Emma —saludó Diana, con la sonrisa en los labios.

—¡Diana! —exclamó la otra, abriendo los brazos.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo lleno de entusiasmo.

—¿Pero cómo es posible...? —agregó Emma, mirando de arriba abajo a su amiga—. Estoy en un apuro, Emma. Tengo que esconderme en algún lugar seguro durante dos o tres días. Quizá más.

La morena dejó de sonreír.

—¿Te persigue alguien, Diana?

—Sí.

—¿Quién?

—Luego te lo contaré todo. ¿Puedo quedarme en tu apartamento?

—Claro que sí. Todo el tiempo que desees.

—Gracias, Emma.

—Pasa, pasa.

Diana entró en el apartamento y su amiga cerró la puerta.

—¿Estabas ya acostada? —inquirió la pelirroja, fijándose en la bata que cubría el cuerpo de Emma.

Ésta sonrió pícaramente.

—Es que... estoy acompañada —dijo, mirando hacia la puerta de su dormitorio.

Diana supo entender enseguida.

—Algún amigo, ¿eh? —sonrió también.

—Sí.

—¿Importante conquista?

—Pudiera ser —repuso Emma—. Le he conocido esta noche, en un club. La billetera la lleva repleta...

—Con eso soñamos todas nosotras —admitió Diana.

—¿Cómo te ha ido a ti durante los últimos tiempos?

—No me puedo quejar, Emma. Mi última conquista también tenía la billetera repleta, pero he tenido que dejarla.

—¿Por qué?

—Se trataba del jefe de una banda de malhechores. A mí eso no me importaba, con tal de sacarle los dólares, pero hoy ha sucedido algo que me ha hecho cambiar de opinión.

—Cuenta, Diana —rogó Emma, muy interesada.

—Cazaron a un hombre, un detective privado. Empezaron a torturarlo salvajemente. Después pensaban matarle. No pude resistirlo y le ayudé a escapar. Por eso tengo miedo de que puedan encontrarme.

—Mientras permanezca en mi apartamento, no podrán localizarte.

—En ello confío, Emma.

—Puedes utilizar ese cuarto —le indicó una puerta con la mirada—. Cuando se marche Henry, ya hablaremos largo y tendido, Diana.

—¿Se llama Henry? —inquirió la pelirroja, empezando a ponerse pálida.

Emma lo advirtió y preguntó a su vez:

—¿Qué sucede con ese hombre, Diana?

—Entre los malhechores había uno que se llamaba...

—Hola, Diana —saludó el individuo que acababa de salir por la puerta del dormitorio de Emma. Sonreía sarcásticamente y empuñaba una impresionante pistola automática.

—¡Henry Erogan! —exclamó la pelirroja, sintiéndose desfallecer de espanto.

—El mismo, preciosa —dijo el sujeto, avanzando hacia las dos mujeres—. De modo que has traicionado al jefe, ¿eh?

Diana no pudo articular palabra, mientras miraba, llena de terror, al tipo que pertenecía al Sindicato del Mamporro.

Emma también tenía el rostro descolorido, y sus ojos no podían apartarse del arma que sostenía el fulano en la diestra.

Henry Erogan era un fiel calco de Troy, Andy o Conrad Boyd. Alto como ellos, hercúleo como ellos, y con la misma cara de bestia que ellos.

—Reconocí tu voz a través de la hoja de la puerta Diana —continuó el forajido—. He oído todo lo que has dicho y eso me obliga a

llevarte ante la presencia del jefe.

—¡No!... —chilló la pelirroja, sabiendo lo que le esperaba si regresaba a la villa de Ben Russell.

—No tienes alternativa, Diana —advirtió Henry Brogan—. Si no me obedeces, te incrustaré una bala en la cabeza.

—¡Prefiero mil veces la muerte antes que regresar allí! —gritó, desesperada, echando a correr hacia la puerta del apartamento.

—¡Maldita perra! —berreó el matón, lanzándose sobre ella.

Diana se vio pronto entre los poderosos brazos de Henry Brogan.

Gritó, chilló, pataleó, y trató de arañarle el rostro al tipo.

Consiguió abrirle dos surcos sangrientos en la mejilla derecha.

Brogan relinchó de dolor, al tiempo que golpeaba con saña el mentón de la pelirroja.

Diana gimíó débilmente, puso los ojos en blanco y cayó pesadamente al suelo.

Henry Brogan escupió un juramento, mientras se limpiaba la sangre de la mejilla lastimada con el dorso de la mano izquierda.

Emma, que había presenciado estática la rápida sucesión de los acontecimientos, entró en acción.

—¡Animal, bruto, bestia!... —aulló, lanzándose sobre el malhechor.

Henry le soltó un revés impresionante.

La morena gritó lastimosamente y se fue contra Un sillón, quedando sentada en él, aunque de forma poco ortodoxa, porque las piernas le colgaban por uno de los brazos del mueble.

Miró, iracunda, al matón.

—¡Cobarde, cobarde, cien veces cobarde!... —gritó, fuera de sí—.

¡Eres un gusano asqueroso, Henry!... ¡Me repugna sólo el recordar que tus puercas manos han tocado mi cuerpo!...

Brogan endureció los músculos del rostro, y con la mirada frenética, dio dos zancadas y se plantó ante ella.

Le soltó otra tremenda bofetada.

Emma volvió a gritar de dolor.

El forajido la cogió del pelo y la obligó a doblar la cabeza hacia atrás.

Luego apoyó el cañón de su pistola sobre la blanca piel del cuello femenino, presionando levemente.

Emma, con las mejillas enrojecidas por las bofetadas de Henry Brogan, creyó despedirse del mundo de los vivos.

Con ojos desorbitados, miró al malhechor, mientras su rostro expresaba todo el horror que inundaba su persona en aquellos terribles momentos.

El matón tenía un gesto de rabia que ponía los pelos de punta.

—¿Quieres morir, Emma? —inquirió duramente.

—No... —balbució apenas ella.

—¿Mantendrás la boca cerrada?

—Sí...

—Olvida lo que has visto y oído, nena. Ni soñar con llamar a la policía, ¿entendido?

—Sí...

—Lo que le suceda a Diana, ella se lo habrá buscado. Si tú no te vas de la lengua, te dejaremos tranquila. De lo contrario...

Henry Brogan le estiró más el cabello y empujó con el cañón del arma.

La morena gimió angustiosamente, sintiendo un intenso dolor en el cuero cabelludo y en el cuello, el cual parecía querer perforar aquel desalmado.

—¡No diré nada, Henry!... —farfulló quedamente, con el rostro crispado por el sufrimiento.

Brogan sonrió desagradablemente y cobró una expresión cargada de petulancia.

—¿De veras te repugnó que te pusiera las manos encima?... —preguntó. Emma comprendió lo que tenía qué responder si quería seguir con vida.

—No...

—¿Por qué lo dijiste, pues?...

—Me supo mal que golpearas a mi amiga.

—Te creeré si me demuestras que aún te sigo gustando, bombón.

Brogan le soltó el pelo y apartó el arma, atraque ahora se la apoyó en un costado.

Emma sintió la presión del cañón de la pistola sobre su hígado, y no tuvo más remedio que besar los labios del indeseable, aunque ello le produjo la sensación más desagradable de toda su vida.

—Bien, nena, bien... No olvides cuanto te he advertido.

—No lo olvidaré.

—Puede que mañana o pasado te haga una visita.

—Cuando quieras, Henry —tuvo que aceptar la morena.

Brogan se acercó a Diana, la alzó sin esfuerzo, se la echó sobre el hombro izquierdo y después salió del apartamento de Emma.

* * *

Troy lo veía y no lo creía.

Se encontraba tirado boca arriba en una cálida playa, fina arena, aguas tranquilas, limpias, muy azules, rodeada de altas palmeras. La brisa del mar era pura delicia.

Debía ser una de las playas pertenecientes a cualquiera de las maravillosas islas que bañaban los mares del Sur.

¿El nombre de la isla?

Bueno, para Troy, eso era lo de menos.

Lo que realmente importaba era que media docena de nativas, a cuál de ellas más bella, subyugante y turbadora, le rodeaban, le sonreían y le acariciaban.

La vestimenta, escasa vestimenta, de las nativas era de locura. Flores por aquí, flores por allá, que no tapaban casi nada por aquí, ni casi nada por allá.

A Troy no le importaba volverse loco de aquella forma.

Una de las fascinadoras muchachas le ofreció un recipiente de agua.

Troy bebió con avidez, sintiendo un placer indescriptible cuando el líquido le mojó la reseca garganta y le bañó el rostro.

Alargó los brazos y atrapó las caderas de la generosa nativa.

Ella le sonrió cándidamente.

Troy buscó su boca y besó sus labios.

Esperaba encontrar un sabor dulce, sabroso, maravilloso...

Sin embargo, le resultó muy desagradable.

Los labios de la inmejorable nativa eran ásperos y sabían a tabaco fuerte.

¿Acaso aquellas deliciosas nativas habían aprendido ya a fumar puros? No resultaba muy lógico...

Todavía se encontraba desconcertado, cuando algo se estampó contra su mejilla izquierda.

Le dolió.

Abrió los ojos súbitamente y comprendió la realidad.

No habían nativas, ni playa, ni brisa del mar, ni nada. Todo había sido un sueño, aunque, eso sí, realmente maravilloso.

Descubrió a Conrad y a Andy. También vio a Ben Russell.

Los tres tenían expresiones ceñudas y hurañas. Le miraban duramente.

Troy se apercibió que tenía el rostro mojado.

Andy aún conservaba el jarrón de agua, ahora vacío, que había utilizado para despertar a su compañero de canalladas.

Conrad Boyd sujetaba el otro brazo de Andy, para impedir que éste volviese a golpear a Troy.

Y es que a Andy le había hecho muy poca gracia que Troy le pusiese las manos en las caderas y le soltase un beso en plena boca, fogoso además. Por eso le había sacudido una feroz bofetada.

—¿Puedes hablar, Troy? —interrogó Russell.

—Claro, si yo... ¡Ay! —exclamó al segundo, sintiendo un dolor de mil diablos en la cabeza. Se llevó una mano a ella y palpó la protuberancia que le había producido el cenicerazo que le soltó Lyon Carson.

—¿Qué pasó, Troy? —preguntó Boyd.

—¿Dónde están el detective y Diana? —indagó Andy.

Troy sacudió la cabeza, tratando de aclararse los sentidos.

Empezó a recordar todo lo sucedido y maldijo para sus adentros.

Si le confesaba la verdad a Ben Russell, lo iba a pasar muy mal. ¡Como Diana cayese algún día en sus manos...!

—Alguien me golpeó en la cabeza, por detrás —dijo Troy—. Fue un golpe muy duro, y no pude ver quién me lo dio.

—Lyon Carson no pudo ser —opinó Andy—. De la forma en que lo amarramos y lo apaleado que estaba, resulta imposible que pudiera soltarse.

—Está claro que fue Diana —intervino Russell—. La muy estúpida debió enternecerse y decidió liberar al detective. Ella te golpeó, luego soltó a Carson y ambos huyeron.

—Sí, eso debió suceder —convino Troy, satisfecho del cariz que tomaba la situación. Nadie le culpaba a él, al menos, como se merecía. Eso le dio ánimos para ocultar definitivamente lo que sucedió en realidad.

—Se me ocurrió bajar por una cajetilla de cigarrillos y te encontré desmadejado —aclaró Andy—. De no ser por eso, aún estaríamos ignorantes de todo lo acontecido.

—Tenemos que cazar al detective y a Diana, muchachos —dijo Ben

Russell—. Y cuanto antes. No podemos arriesgarnos a que sigan por ahí, sabiendo lo que saben.

—Chicago es muy grande, jefe... —opinó Boyd.

—¿De veras? No lo sabía... —replicó, sarcástico, Russell, visiblemente contrariado por la respuesta de su subordinado.

—Trataremos de encontrarles, jefe —dijo Troy, poniéndose en pie con dificultad.

Un claxon sonó seis veces de forma breve.

Los cuatro hombres se miraron entre sí.

—¡Ése es Henry! —exclamaron Andy y Conrad a un tiempo.

—¡Abridle! —ordenó Russell.

Poco después, Henry Brogan entraba en el salón, llevando a Diana a cuestas, todavía sin sentido. La dejó sobre el diván.

La sorpresa que se llevó Ben Russell fue épica.

Interrogó a Brogan y éste relató todo cuanto sabía.

Troy, que había sudado lo suyo, temeroso de que se descubriera la verdad, respiró aliviado cuando su compañero finalizó el relato, porque no le comprometía en nada. Sin embargo, cuando Diana despertase, podía revelar lo acontecido, y todo se vendría abajo.

No, aún no podía sentirse tranquilo.

Ben Russell paseó nervioso por el salón durante unos segundos y luego empezó a dar órdenes:

—Conrad, Andy: vosotros dos vais a ir inmediatamente al domicilio de Lyon Carson. No creo que éste sea tan ingenuo como para ir a él, pero hay que comprobarlo. Si no está allí, regresáis a la villa.

—Bien, jefe —respondió Boyd, en tanto que Andy afirmaba con un gesto.

—Henry, regresa a la ciudad y localiza a Roger y a Terry —siguió ordenando Russell—. Quiero tenerlos también aquí.

—A estas horas no será fácil, jefe...

—Arréglatelas como puedas, Henry, pero no vuelvas sin ellos.

—Sí, jefe.

—En marcha, muchachos —finalizó Russell.

Los tres matones abandonaron la estancia.

—¿Qué hago yo, jefe? —inquirió Troy.

—Reanima a Diana. Tengo que hacerle algunas preguntas.

Troy notó un fallo cardíaco.

—¿A Diana, jefe...? —tartamudeó.

—¿Ocurre algo, Troy? —Pareció desconfiar el jefe del Sindicato del Mamporro.

—Nada, nada —repuso rápido el matón, tratando de mostrarse sereno. Obedeció.

Segundos después, la pelirroja abrió los ojos y recuperaba la noción de las cosas.

El golpe que le propinara Henry Brogan le había producido una mancha azulada en el mentón.

Al descubrir a Ben Russell y a Troy, adquirió una expresión de terror y empezó a temblar como un flan.

Russell, sonriendo de forma cruel, se acercó a ella.

—¿Qué tal, Diana...?

La pelirroja no respondió, pero aumentó su temblor.

—Haber ayudado al detective te va a costar muy caro, Diana...

Ella estaba a punto de desvanecerse otra vez, pero ahora de miedo.

—¿Sabes adónde ha ido Lyon Carson?

Ella negó con la cabeza.

Aunque Ben Russell la creía, dijo:

—No me engañes, Diana. Sospecho que me lo quieres ocultar.

—No lo sé, de veras —repuso ella, muy nerviosa—. Sólo me dijo que iba a esconderse en algún lugar seguro, hasta recuperar las fuerzas. Luego piensa seguir luchando contra vosotros.

—Pobre iluso... —sonrió con desprecio Russell.

Ella guardó silencio.

—Llévatela a la habitación en donde teníamos encerrado al detective, Troy —indicó Russell—. Amárrala bien y dale un tratamiento intensivo, hasta que escupa todo lo que sabe.

—¡No, Ben!... —aulló Diana, con el rostro demudado—. ¡Te juro que no sé dónde está Lyon Carson!

—Vamos, Troy —apremió el jefe de la banda.

El matón sujetó a la pelirroja y se la llevó a rastras, sin importarle los gritos desesperados que ella lanzaba.

Ben Russell sonrió satisfecho, gozando de su terrible venganza.

Troy introdujo a Diana en la habitación y cerró la puerta.

La tiró sobre la cama, atándola en la misma posición que colocaran a Lyon Carson.

Voy a cobrarme tu tomadura de pelo, Diana, y el golpe que me dio ese perro detective dijo Troy, disponiéndose a arrancarle el vestido.

—¡Espera, Troy! —exclamó ella.

—¿Para qué?

—Si me rozas siquiera, llamaré al jefe y le contaré toda la verdad.

El malhechor se quedó paralizado.

—¿Qué verdad? —preguntó gravemente.

—Sabes de sobra a lo que me refiero, Troy. He podido adivinar que Ben Russell no sabe lo que verdaderamente sucedió esta noche para que el detective pudiera escapar. Si se enterase de que tú quisiste aprovecharte de mi persona, lo ibas a pasar fatal.

El matón empalideció sin darse cuenta.

—Al jefe no le importaría saberlo, Diana —repuso sin ninguna convicción—. Ya has oído lo que acaba de ordenarme: quiere que te maltrate.

—Porque está furioso conmigo, Troy. Pero si le digo lo que pasó, también lo estará contigo. No le gustará saber que manoseaste a su amiga, cuando todavía lo era. Eso creo que no te lo perdonaría a ti ni a nadie.

Troy se mostró indeciso, cavilante, sin optar por algo determinado.

Diana supo adivinarlo y no le dio tregua.

—Hagamos un trato, Troy: si tú no me haces daño, yo no le diré nada a Ben Russell.

¿Qué me respondes?

—Pero el jefe quiere que te maltrate...

—Gritaré como una loca, para que crea que efectivamente lo estás haciendo. Luego fingiré desmayarme. Tú se lo dices a Ben Russell y listo. Los dos nos beneficiaremos con ello, Troy.

El matón todavía dudó. Tenía enormes deseos de hacer sufrir a la pelirroja, para vengarse. Pero su amenaza no podía desdeñarse. A Ben Russell le caería muy mal el saber que él había mentido y qué, en efecto, había intentado aprovecharse de Diana.

—Tú ganas —aceptó al fin Troy.

Ella exhibió una sonrisa triunfal.

—Empieza a gritar, Diana —ordenó el forajido.

Sin que éste la rozara, Diana chilló a pleno pulmón, como si la estuvieran desgarrando viva.

Durante un par de minutos no dejó de hacerlo.

Troy le hizo una indicación y ella cesó súbitamente.

Luego, el malhechor salió de la habitación.

Ben Russell seguía en el salón.

—Se ha desmayado, jefe —dijo Troy—. Y no ha confesado nada.

—Lo esperaba, muchacho. Ella no sabe más de lo que ya ha dicho. Si quería que la maltratases era para cobrarme su jugarreta. Cuando capturemos a Lyon Carson, ambos morirán. Y el detective no tardará en caer en nuestras manos. Es tan osado que no dudo en que volverá a la villa, y entonces...

El gesto de Ben Russell fue harto expresivo.

CAPÍTULO X

Lyon Carson abrió el ojo derecho.

Como lo que vio le agradó tanto, abrió también el izquierdo, para abarcar mejor el panorama.

Cathy Grahame, vistiendo unos ceñidos pantalones y una ajustada camisa, que realzaban todo lo que tenían que realzar, estaba de pie, cerca de una ventana, dando un vistazo a la calle.

Ella no se apercibió que el detective había despertado y eso favoreció el repaso visual que él dedicó.

Lyon comprobó que la rubia lucía otro peinado. No llevaba el pelo suelto, sino recogido, y muy artísticamente por cierto.

Cathy estaba encantadora con cualquier peinado y con cualquier atuendo.

Lástima que tuviera un carácter tan agrio y esquivo.

Por una mujer como Cathy Grahame, él no se sentiría muy apenado de perder su soltería, a pesar de que, como ya le había observado a ella en cierta ocasión, casarse con una profesora de judo tenía sus inconvenientes...

Se pasó una mano por la cara y descubrió varias tiras de esparadrapo.

Cathyladeó el cuello en aquellos momentos y se fijó en el detective.

—Buenos días, señorita Grahame —sonrió Lyon, quedando sentado en el sofá.

—Buenas noches, señor Carson —respondió ella, sería como de costumbre, aunque con un leve matiz irónico en la voz.

—¿Cómo? —Respingó el detective.

—Son las nueve menos cuarto. De la noche, por supuesto.

—¡Dios! —exclamó Lyon, calzándose los zapatos con rápidos movimientos—. ¿Cómo he podido dormir tantas horas?

—Usted sabrá.

—No, yo no lo sé. ¿Por qué no me despertó esta mañana a una hora prudente?

Ella se encogió de hombros y respondió:

—Nada me advirtió usted anoche.

—Claro. Anoche acabamos como el perro y el gato.

—Prefiero no hablar de ello.

—Ni yo —convino Lyon—. Sin embargo, le ruego que me disculpe si la ofendí en algo. Perdí los estribos y dije muchas cosas que, con los nervios templados, jamás hubiera dicho.

—No se preocupe. Ya está olvidado —dijo Cathy, aunque siguió seria.

—¿Cuándo fue la cura? —inquirió el detective, tocándose los esparadrapos.

—Anoche, después de dormirse.

—Ah, entonces no estaba soñando...

—¿Qué dice? —Se sobresaltó ligeramente la rubia.

—Verá, sucedió que yo soñé que usted me estaba cerrando las contusiones del rostro. —Soñó una realidad. Quizá su subconsciente le hizo soñar lo que realmente estaba pasando. Es que también...

—¿También, qué? —preguntó Cathy, enervando el cuerpo.

Lyon emitió un carraspeo y se miró las puntas de los zapatos.

—Soñé que usted me besaba varias veces... —confesó sin alzar la mirada.

—¡Eso sí que no! —exclamó ella, sintiendo que las mejillas empezaban a arderle.

—Bueno, no debe molestarse —rogó él, mirándola casi con temor—. Si sólo fue un sueño...

—¡Un sucio sueño el suyo!

—Uno no puede controlar su mente cuando está dormido, señorita Grahame... No puede censurarme por haber soñado con usted.

—Es usted vanidoso hasta en sueños, señor detective —replicó Cathy, todavía enfadada—. En lugar de besar a las chicas, son ellas las que le besan a usted. El colmo, vamos.

—Como en la realidad sucede que ellas...

—Corte, señor Carson. No me importan sus aventuras amorosas.

—Archivaré lo que pensaba decir —contestó Lyon. Se puso en pie y estiró los brazos—. Me siento mejor, ¿sabe? —añadió sonriendo.

—Me alegro.

—Diciéndolo en ese tono, difícilmente puedo creerla...

Cathy no dijo nada.

—¿Puedo utilizar su ducha, señorita Grahame? —preguntó él—. Puede. Ése es el cuarto de baño —se lo indicó con un gesto.

—Gracias —repuso Lyon, dirigiéndose hacia él. Se detuvo en el umbral y añadió—:

—¿Puede ofrecerme también algo de comer? Me despacharía un toro con rabo y todo. —No tengo tanto, pero algo podrá echarse al estómago.

—Muy amable.

Lyon se encerró en el baño, saliendo diez minutos después.

Sobre una mesa de té divisó generosas viandas.

Lanzó un silbido de sorpresa y preguntó:

—¿Todo eso es para mí...?

—Coma lo que le apetezca. Se lo descontaré de la factura —respondió Cathy, de nuevo con ligera ironía.

Carson ocupó un lugar junto a la pequeña mesa y se colocó la servilleta al cuello. Cuando iba a hincarle el diente a un jugoso filete, se detuvo, elevó la mirada y la clavó en la rubia.

—¿No tendrá polvos matarratas? —inquirió, fingiendo desconfianza.

Cathy atirantó el rostro y le lanzó una furiosa mirada.

—Era sólo una broma, profesora —sonrió rápido él.

—De mal gusto.

—Nada de lo que digo o hago le gusta, señorita Grahame.

Ella dejó de prestarle atención.

Lyon terminó de cenar sin más comentarios. Luego se palmeó el pecho y dijo:

—Me encuentro con ánimos para enfrentarme a media docena de bandas de malhechores como la del Sindicato del Mamporro.

Cathy le miró de forma poco usual en ella.

Carson advirtió una chispa de temor y preocupación en los maravillosos ojos femeninos. —¿No cree que enfrentarse a los siete miembros del Sindicato, todos a la vez, es demasiado para un hombre solo?— observó ella.

Lyon se levantó y repuso:

—Creo que fue usted quien dijo que nada era demasiado para mí...

—Eso fue antes de ver cómo le pusieron anoche. Y teniendo en cuenta que faltaban tres componentes de la banda...

—Porque no sabía el terreno que pisaba y me sorprendieron como a un novato. Esta vez será distinto, señorita Grahame; se lo aseguro.

—No se confíe, señor Carson— rogó casi con ternura.

Lyon captó el cambio operado en la rubia. Empezó a sospechar que ella tenía miedo de que a él le sucediera algo malo.

—¿Lamentaría usted que los del Sindicato del Mamporro acabaran con mi modesta persona...? —preguntó, mirándola con atención.

—¿Por quién me toma? —Se molestó mucho—. No soy un monstruo, señor Carson.

—Pero como no le soy simpático...

—Una cosa no está reñida con la otra.

—Los romanos, cuando alguien no les resultaba simpático, lo tiraban al pozo de los cocodrilos.

—Yo no le deseo el mal a nadie.

—¿Estaría dispuesta a colaborar? —inquirió Lyon.

—¿Con usted? —se sorprendió bastante.

—Sí.

—¿Qué clase de colaboración?

—Mire, uno de los matones me hizo una presa que casi me partió la espina dorsal. No sabía cómo librarme de ella y pasé un momento horroroso. Como usted es profesora de judo, quizá podría aconsejarme la réplica adecuada, por si esta noche se repite la situación.

—No tengo ningún inconveniente. —¿De veras?

—En absoluto —dijo ella decidida.

—Bueno, es que la presa... Cathy le miró desafiante.

—¿Cómo fue? —preguntó.

—Creo que debemos olvidar el asunto, señorita Grahame. Ya me arreglaré yo como pueda —dijo Lyon, acercándose al sofá y cogiendo su chaqueta.

—Señor Carson.

—¿Sí? —repuso él, volviéndose hacia ella.

—Acabo de hacerle una pregunta.

Lyon carraspeó embarazosamente.

Lo sé, señorita Grahame...

Es de mala educación no responder a una pregunta.

Es que, francamente, no me atrevo...

—¿Por qué? —Elevó Cathy la ceja derecha.

Usted es una mujer, señorita Grahame...

—Vaya descubrimiento —ironizó ella.

—Esa presa, con una mujer...

—Olvídese de que lo soy.

—No me pida usted imposibles —la miró significativamente.

—Suprima las galanterías y hableme de la presa. Su vida puede depender de ello. Y también el bienestar de las muchas personas que están siendo exprimidas por el Sindicato del Mamporro.

Lyon pareció dudar un poco y luego dijo:

—Como usted quiera, señorita Grahame. Pero le ruego que recuerde en todo momento que la posición será la de la presa. No vaya usted a tomarlo a mal y me estrellé después contra los azulejos del cuarto de baño o me lance por la ventana.

—Descuide —contuvo ella una sonrisa.

El detective se aproximó a la rubia, deteniéndose muy cerca de ella. Cathy no se turbó en absoluto.

Lyon explicó:

—Verá, yo descubrí que el matón se me echaba encima. Le sacudí dos puñetazos que hubieran hecho descarrilar un tren, pero no conseguí frenarlo a él. Me rodeó la cintura con sus potentes brazos.

—Lyon rodeó la de ella—. Luego... —Se detuvo, ligeramente nervioso.

La rubia tuvo un destello irónico en los ojos.

—¿Qué? —preguntó—. Apretó...

—Pues apriete usted.

Lyon entrecerró los ojos.

—¿No se molestará? —inquirió, porque tenía sus dudas.

—No diga bobadas. Hasta que no me ponga en las mismas dificultades que el matón le puso a usted, no podré enseñarle la defensa más oportuna.

—En tal caso... —respondió Carson, presionando la cintura de la rubia.

Pronto sintió pegado al suyo el admirable cuerpo de Cathy.

Ella empezó a doblarse hacia atrás y Lyon hacia adelante.

Sus caras apenas estaban separadas por un par de centímetros.

Sus ojos se miraban de forma extraña.

Sus corazones latían anormalmente.

—¿Puedo defenderme ya, señorita Grahame? —repuso él, muy quedo.

—No...

—¿Por qué?

—No forma parte de la presa.

—Al diablo la presa. Estoy enamorado de usted, y si no la beso, reventaré como un sapo.

Eso se lo habrá dicho a muchas.

Es verdad. Sin embargo, a ninguna le he pedido que sea mi esposa. Tampoco a mí...

—¿Quieres casarte conmigo, Cathy? —interrogó al segundo.

—No.

—¿Tan poco valgo para ti?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Dudo que seas sincero, Lyon.

—Que se muera mi tía si miento.

—¿No se la había comido un caníbal...? —sonrió burlona.

—Me refiero a otra que es vegetariana. Odia a los antropófagos. —
Ya.

—Cathy, no me rompas el corazón. Te quiero. Cásate conmigo.

—Cuando me convenzas de que eres sincero, si es que puedes, lo haré, Lyon.

—¿Cómo podría lograrlo, Cathy?

—Eso es cosa tuya, Lyon.

—Besando tus labios, suaves como pétalos de rosa...

—Las rosas tienen espinas...

—Y en el mar se crían las sardinas... —¿Cómo?— se sorprendió la rubia.

—Ya no sé ni lo que me digo, Cathy. Necesito besarte para recuperar mi equilibrio mental.

—Si lo haces, perderás otro equilibrio: el físico. Porque te lanzaré contra el techo y te quedarás colgando como si fueras una lámpara.

—¿Serías capaz, Cathy...?

—¿Lo dudas?

—Voy a besarte, profesora.

—No seas suicida.

—Estoy dispuesto a morir por un beso tuyo, Cathy.

Lyon ya no lo pensó más. Posó sus labios sobre los de ella, besándola con ansiedad.

Cathy permaneció inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Pasó casi un minuto.

Luego, los elevó y rodeó el cuello masculino.

«Ahora me voy al techo», pensó Lyon.

Pero se equivocó: se fue al Paraíso.

Cathy le acarició la nuca, y sus labios, quietos hasta entonces, entraron en acción, devolviendo los besos que recibía del detective.

Ahora pasaron varios minutos.

—¿Qué significa esto, Cathy? —preguntó Lyon, cuando se tomaron un respiro.

—Que ya me has convencido, detective: habrá boda.

—¿En serio...?

—Atrévete a casarte conmigo en broma y sabrás de lo que soy capaz.

—Me triturarías los huesos, ¿eh?

Eso como aperitivo. Luego te desgajaría como si fueras una naranja.

—Eres adorable, Cathy —le besó la punta de la nariz.

Espero que repitas esa frase dentro de cincuenta años.

—Y dentro de cien.

Volvieron a besarse.

—Tengo que irme, cariño —dijo Carson.

El rostro de ella se ensombreció.

—Por Dios, Lyon, ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

El detective dejó de abrazarla, cogió su chaqueta y se la enfundó.

—Cuando finalice el trabajo vendré a verte, Cathy.

—Sí, Lyon.

—No temas, nena; todo irá bien. Ya ves que soy un tipo afortunado: la chica más bonita de todo Illinois está enamorada de mí.

—Perdidamente —confesó ella, forzando una sonrisa.

Lyon le dio un último beso y luego salió del apartamento.

* * *

Carson detuvo el coche a mayor distancia de la villa que la vez anterior.

Después bajó del «Mustang» y se acercó con cautela, hasta alcanzar el muro.

Lo saltó ágilmente y quedó en cuclillas al otro lado, aguzando todos

sus sentidos.

Empuñó la pistola que robara a Troy.

Las cercanías del muro estaban tan oscuras como la noche anterior.

Lyon no tardó en divisar una sombra, con forma de figura humana, próxima a unos macizos de flores.

Se acercó sigilosamente hasta ella, casi a rastras.

De pronto, se irguió como una centella y descargó un golpe, con la culata de su pistola, sobre la cabeza del individuo.

Éste exhaló un gemido casi imperceptible y cayó sobre el césped.

Lyon comprobó que se trataba de Conrad Boyd.

«Uno menos», pensó, mientras se aproximaba a la casa.

Súbitamente se echó de bruces, sin ocasionar el más leve ruido, y contuvo la respiración.

Acababa de descubrir a un tipo que caminaba cauteloso hacia los macizos de flores en donde yacía Boyd.

El individuo avanzaba con una pistola en la diestra.

Pasó cerca del lugar que ocupaba Lyon.

Descubrió al detective, pero demasiado tarde.

El golpe que le atizó Lyon con su arma, entre las dos cejas, le hizo caer fulminado.

«Ya tengo dos en órbita para tres o cuatro horas», se dijo el detective para sus adentros, examinando al tipo.

A éste no lo conocía.

Siguió avanzando hacia la casa.

La rodeó, hasta encontrar una ventana que pudo forzar sin ruido.

Entró silenciosamente.

La estancia, amueblada con un buen gusto, permanecía desierta.

Las luces de fuera la iluminaban suficientemente para que Lyon no diese ningún tropezón delator.

Se acercó a la puerta y la abrió con cuidado.

Daba a un corredor iluminado, en el cual no se veía a nadie.

Carson salió a él y caminó como un puma silencioso.

De improviso, junto al detective, una puerta se abrió.

Correspondía a un cuarto de aseo, y de él salió Andy, en mangas de camisa, llevando colgada una funda sobaquera con su correspondiente pistola.

Descubrió al detective y abrió los ojos exageradamente, lleno de estupor.

Los dos hombres se miraron perplejos durante una fracción de segundo.

Después, ambos reaccionaron a un tiempo.

El matón descargó un puñetazo que, al ser esquivado hábilmente por Lyon, encogiéndose, se estrelló contra la pared.

Andy lanzó un alarido estruendoso.

Carson le golpeó con el puño izquierdo en la mandíbula, le clavó una rodilla en el bajo vientre, y cuando el malhechor se inclinaba hacia adelante, le soltó un cachiporrazo con el cañón del arma en plena nuca.

Andy emitió un gruñido raro y cayó al suelo, quedando inconsciente.

Pero la pelea había ocasionado, amén de los gritos de dolor lanzados por el matón, un gran estrépito en el corredor, por lo que Lyon se dijo que ya no podía pasar inadvertido en la casa.

Por una de las puntas del corredor aparecieron Troy y Henry Brogan, empuñando sendas pistolas automáticas.

Descubrir al detective y hacer fuego, fueron hechos simultáneos.

Lyon, que ya esperaba semejante reacción, se tiró de bruces al suelo y disparó a su vez.

Por el eco de las detonaciones, dio la impresión de que la casa se derrumbaba por los cuatro costados.

Los dos matones se arrugaron materialmente, con gritos y gestos de dolor.

Henry Brogan cayó de costado, con una bala en el vientre.

Troy la recibió en el pecho, dobló las rodillas y cayó de espaldas.

Lyon no perdió un solo segundo.

Brincó del suelo como una corza y voló hacia la salida del corredor, saltando sobre los cuerpos de Brogan y Troy.

Apenas salió de él, dos estampidos atronaron el salón adonde desembocaba el corredor.

Los dos proyectiles, enviados por las armas de Ben Russell y el último de sus matones, rozaron el cuerpo del detective, pero no le alcanzaron, porque éste, al salir del corredor, en plena carrera, había dado un giro en el aire, lanzándose hacia el lado izquierdo.

Desde el suelo, y sin dar tiempo a que Ben Russell y su subordinado rectificaran la puntería, Lyon accionó el gatillo de su automática.

El matón se fue para atrás, con una onza de plomo en la caja

torácica, junto al pulmón derecho. Se derrumbó con gran estrépito. Ben Russell soltó un grito ensordecedor y dejó caer su arma, porque una bala le acababa de destrozar el hombro derecho.

Aun así, quiso recuperarla con el brazo izquierdo, pero Lyon saltó sobre él como un felino y se lo impidió, descargándole un durísimo golpe con la culata de su pistola en una sien.

Russell bizqueó los ojos, emitió un extraño sonido gutural y se quedó desparramado en el suelo, tumbado boca arriba, totalmente inmóvil.

Lyon suspiró profundamente.

Tras el estruendoso eco de los disparos, la calma y el silencio absolutos se adueñaron de la villa.

Carson comprobó que los tres matones sobre los que se había visto precisado a disparar, seguían con vida, aunque sus heridas revestían gravedad.

La herida de Ben Russell era la menos importante, porque el detective había querido cazarlo con vida a toda costa.

Inesperadamente, un grito de mujer rasgó la atmósfera.

Provenía de la habitación ubicada a la izquierda del salón.

Lyon corrió hacia ella y abrió la puerta.

Su sorpresa, al descubrir a Diana, fue mayúscula.

—¡Lyon!... —exclamó la pelirroja, exultante de alegría.

—¡Diana! —exclamó él, acercándose a la cama en donde ella permanecía atada—. ¿Cómo demonios...?

—Me cazaron, Lyon. Casualmente, en el apartamento de mi amiga se encontraba uno de los miembros del sindicato. Oyó todo cuanto yo le conté a ella y luego me trajo aquí a la fuerza. Ben Russell le ordenó a Troy que me maltratase.

—¿Lo hizo? —inquirió él, viendo que las ropas de Diana no estaban deterioradas, ni su cuerpo dañado, a excepción de un leve hematoma en la barbilla.

—Me serví de una argucia para evitarlo —sonrió ella.

Mientras Carson la desataba, Diana le contó por qué Troy no se atrevió a ponerle una mano encima.

Lyon también le hizo saber que todos los miembros del Sindicato del Mamporro estaban fuera de combate.

—¡Eres genial, Lyon! —exclamó Diana, abrazándose a él y besándole en los labios. Carson, para no defraudarla, porque lo que

menos le gustaba era defraudar a una mujer joven y bonita, la estrechó también y correspondió a sus besos.

—Ahora que todo ha terminado, Lyon... ¿me llevarás a tu apartamento? —preguntó acaramelada, rozándole los labios con los suyos.

—No puede ser, Diana.

Ella dejó de sonreír y se separó un poco del detective.

—¿Por qué no, Lyon?

Carson emitió un leve carraspeo y respondió:

—A mi esposa no le gustaría.

La pelirroja dio un respingo.

—¿A tú qué...? —Pestañeó desconcertada.

—Te mentí la otra vez, Diana; estoy casado —mintió él, poniendo cara de resignado hombre de hogar.

—¡No! —exclamó pasmada.

—Sí, Diana, sí —se fingió apesadumbrado—. Y tengo cuatro hijos y el que está en camino...

La pelirroja se apartó de él y se dejó caer en la cama, totalmente descorazonada.

—Con lo bien que lo hubiéramos pasado, Lyon —murmuró, con la mirada baja, la expresión triste, el tono nostálgico.

—Sí —suspiró él—. Pero uno se casa y ya se sabe: el marido se debe a la esposa, el padre a los hijos... En fin, voy a telefonear a la policía.

En el salón, Lyon disco el número de la jefatura y dialogó durante un par de minutos con el teniente Horton, buen amigo suyo.

—Vendrán dentro de quince minutos, Diana —dijo Carson, entrando en la habitación otra vez.

Ella, que durante la breve ausencia del detective, había estado recapacitando, sonrió pícaramente y dijo en tono cálido:

—En quince minutos se pueden hacer muchas cosas, Lyon...

—Sí, pero mi esposa...

—Ven, Lyon —musitó ella, abriendo los brazos y sacándole partido a los impresionantes cortes laterales de su vestido.

—No quiero, Diana —repuso él, pensando en Cathy Grahame, pero sin embargo, avanzó hacia la pelirroja.

—No tenemos tiempo que perder...

—No cuentas conmigo, Diana —advirtió Carson, a pesar de que ya

la estaba enlazando por el talle.

—Qué simpático eres, Lyon... —Le echó las zarpitas al cuello.

—Qué gata eres, Diana... —dijo él, viendo que sólo era capaz de negarse de palabra, pero no de hecho.

Ella emitió una risita de zorra y ronroneó:

—Las gatas tienen gatitos...

—Claro. No sería lógico que tuvieran elefantitos.

—Bésame, gato mío...

—Miau, miau, miau... —Se lanzó sobre ella, y tras oprimirla entre sus brazos, la besó con fogosidad. Con la misma fogosidad que Diana, más gata que nunca, se los devolvía.

EPÍLOGO

Cathy Grahame brincó del sofá al oír el timbre de su apartamento.

En la loca carrera llegó hasta la puerta y la abrió.

—Asunto concluido, Cathy. Y estoy sano y salvo —dijo Carson, sonriente.

—¡Lyon! —exclamó ella, echándose en sus brazos.

Se besaron con ansiedad.

Carson, sin soltarla, entró en el apartamento y cerró la puerta de un taconazo.

La rubia, con los labios pegados a los de él, se dejó llevar, sin tocar el suelo con los pies.

Lyon fue derecho al dormitorio de la rubia.

Cuando ella se dio cuenta, dijo:

—Éste es mi dormitorio, Lyon...

—Sí.

—¿Qué estás pensando...? —preguntó recelosa.

—Yo, nada. No deseo pensar nada. Sólo estar a tu lado, sentirte junto a mí, tenerte entre mis brazos.

—Lyon...

—¿Sí, Cathy?

—Soy una chica decente...

—Al que diga lo contrario le rompo las narices.

—Tienes que respetarme...

—Claro que sí —repuso él, dejándola sobre la cama. Se relamió los labios mirándola, mientras se quitaba la chaqueta y se aflojaba la corbata.

Cathy no dijo nada más, pero cuando Carson se inclinó sobre ella tratando de besarla, se escurrió hábilmente y se puso en pie, cobrando al segundo una posición de judo nada tranquilizadora.

—¡Oh, no!... —exclamó el detective, con cara de pena.

—Si no te portas como un caballero, te deslomo, cariño —dijo, aunque en tono dulce.

—Pero Cathy... —gimió Carson, sentado sobre la cama.

—Fuera de mi dormitorio.

—Eso le decía mi abuela a un perrito que tenía...

—Tienes tres segundos para hacerlo, Lyon.

—¡Si es que yo...!

—Ya han pasado, amor mío —dijo ella, avanzando a saltos hacia el detective.

Carson saltó también, pero de la cama, y corrió hacia la salida del dormitorio, abandonándolo de estampida.

Se detuvo en el centro del salón.

La rubia le miró desde el umbral de su dormitorio.

—Buenas noches, Lyon —dijo, sonriendo burlonamente.

—¿Y qué hago yo ahora, Cathy...?

—Dormir en el sofá, como anoche.

—Tienes un corazón de piedra.

—Y tú pensamientos de vikingo.

—Si dos personas se quieren como tú y yo...

—Se casan.

—Nos casaremos mañana, Cathy, te lo juro.

—De acuerdo, Lyon. Mañana compartiremos el mismo dormitorio, te lo juro —repuso con ironía.

—Eres cruel, Cathy...

—Y tú un sinvergüenza, cariño...

—Pero te quiero.

—Y yo a ti, Lyon.

—¡Embustera! —rezongó él.

—Hasta mañana, amor mío...

—¡Cathy!... —imploró Lyon.

Ella no hizo caso y se encerró en su dormitorio.

Carson oyó el «clic» del cerrojo y desgranó un rosario de improperios.

El ya se había repetido muchas veces que enamorarse de una profesora de judo tendría sus inconvenientes.

En fin, había que resignarse y esperar unas pocas horas para que Cathy Grahame fuera su esposa, y entonces... ¡ay, entonces!

La rubia sabría quién era Lyon Carson. ¡Vaya si lo sabría!

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».